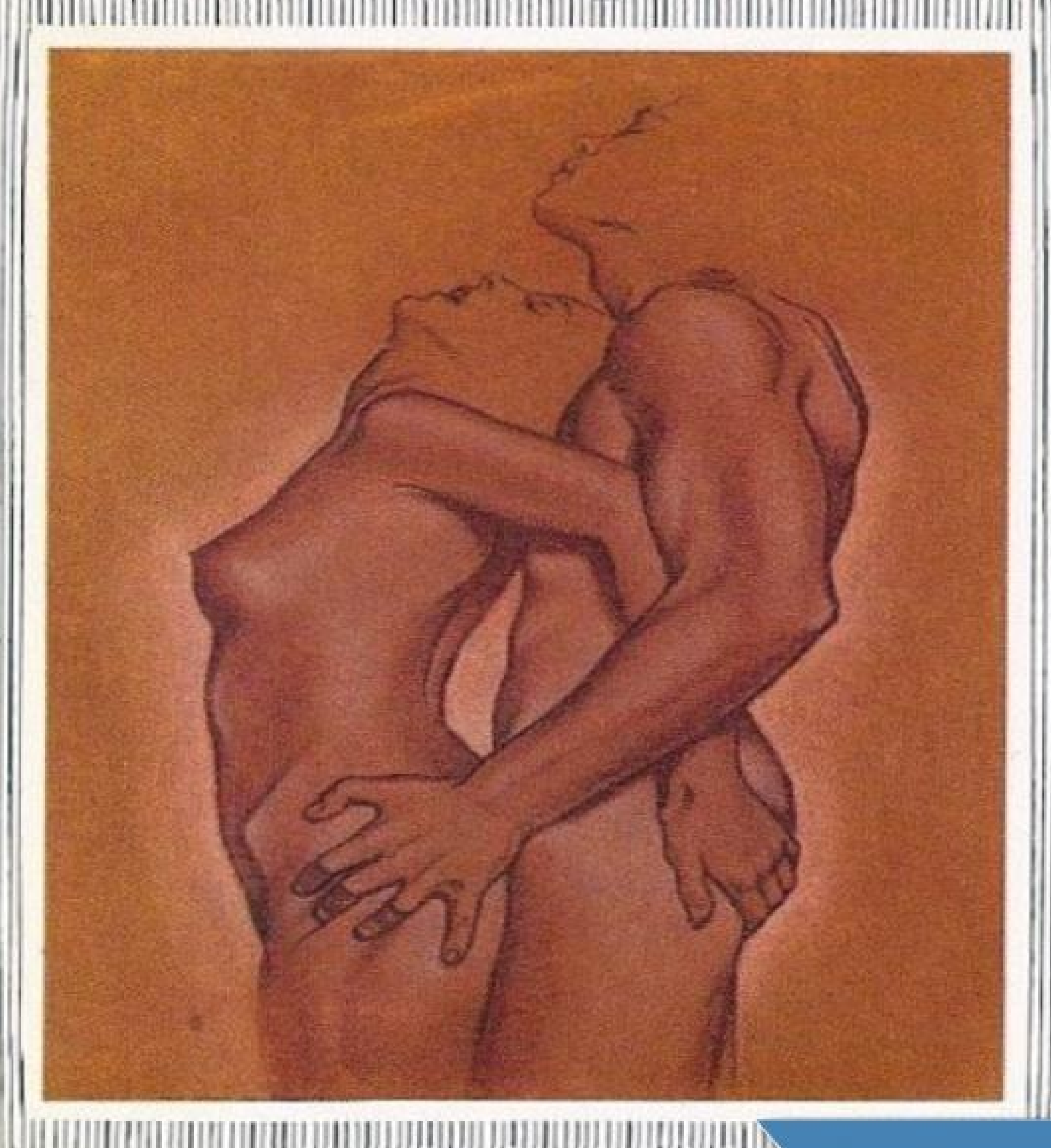
LAS HAZAÑAS DE UN JOVEN DON JUAN

Guillaume Apollinaire



“*Las hazañas de un joven don Juan*”, de Apollinaire, es una de las obras en las que el erotismo y la ironía se unen con más asombrosos resultados. Maligno, lúbrico, casi demoniaco, Apollinaire juega con los instintos del lector, calienta su imaginación y le hace dudar si en verdad es erotismo lo que se le ofrece o es un infame juego de espejos deformantes que pretende mostrar al lector desprevenido sus más ocultas perversiones. Apollinaire nos cuenta la historia de Roger, el hijo de un matrimonio de la alta burguesía francesa, que se marcha de vacaciones a su castillo en el campo, con su madre, su tía y dos de sus hermanas; fornicará salvo con su madre con todas las mujeres de su familia y con casi todas las del servicio. Por delante, por detrás, por arriba y por abajo. Las hazañas de un joven don Juan es un pequeño catálogo de perversiones y pecados; incluso viola el secreto de confesión al escuchar las revelaciones íntimas que todas las mujeres del castillo hacen al cura, incluyendo la confesión de las perversiones sexuales de su padre, que le complacen extremadamente. Hay sodomía, felaciones, homosexualidad entre mujeres, estupro, incesto, lamidas de ano, olores de excrementos que le excitan… Es todo un inventario de depravaciones que más bien parece escrito para ironizar sobre la literatura pornográfica y sobre los vicios de la sociedad francesa.

Lectulandia

Guillaume Apollinaire

Las hazañas de un joven don Juan

ePub r1.2
Titivillus 10.05.15

Título original: *Les exploits d’un jeune Don Juan*
Guillaume Apollinaire, 1913

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO I

Los días de verano habían vuelto, mi madre se había ido al campo, a una propiedad que nos pertenecía desde hacía poco.

Mi padre se había quedado en la ciudad para cuidarse de sus asuntos. Lamentaba haber comprado esta propiedad a instancias de mi madre.

—Eres tú quien ha querido esta casa de campo —decía— ve, si quieres, pero no me obligues a mí a ir. Además puedes estar segura, mi querida Anna, de que voy a venderla en cuanto se presente la ocasión.

—Pero, amigo mío —decía mi madre— no puedes imaginarte lo bien que les sentará el aire del campo a los niños…

—Bah, bah —contestaba mi padre, consultando una agenda y cogiendo su sombrero— me he equivocado al pasarte esa fantasía.

Mi madre había, pues, ido a su campo, como decía, con la intención de disfrutar con la mayor rapidez y lo más completamente posible de este placer momentáneo.

Iba acompañada de una hermana más joven que ella y aún soltera, una camarera, yo, su hijo único, y, finalmente, una de mis hermanas, un año mayor que yo.

Llegamos muy gozosos a la casa de campo que las gentes de la región habían apodado El Castillo.

El Castillo era una vieja residencia de campesinos ricos. Databa, sin duda, del siglo XVII. En el interior había mucho espacio, pero la disposición de las estancias era tan extraordinaria que, en conjunto, esta casa resultaba más bien incómoda a causa de las idas y venidas que este desorden arquitectónico ocasionaba. Las habitaciones no estaban situadas como en las casas corrientes, sino separadas por una masa de pasillos oscuros, de corredores tortuosos, de escaleras en espiral. Resumiendo, era un verdadero laberinto y se requerían varios días para reconocerse en esta casa a fin de llegar a una noción exacta de la disposición de los apartamentos.

Los terrenos donde se encontraba la granja con los establos y las caballerizas estaban separados del Castillo por un patio. Estas construcciones estaban unidas por una capilla en la cual se podía entrar tanto por el patio como por El Castillo o la granja.

Esta capilla estaba en buen estado. En otro tiempo había estado atendida por un religioso que habitaba en El Castillo y se ocupaba también del cuidado de las almas de los habitantes de la pequeña aldea que estaba esparcida alrededor de nuestra morada.

Pero, después de la muerte del último capellán, no se había sustituido a este religioso y solamente cada domingo y cada día de fiesta, a veces también durante la semana para oír las confesiones, un capuchino del convento vecino venía a la capilla a decir los oficios indispensables para la salud de los buenos campesinos.

Cuando este monje venía se quedaba siempre a cenar y le habíamos preparado

una habitación cerca de la capilla por si tenía que dormir allí.

Mi madre, mi tía y la camarera Kate estaban ocupadas preparando la morada, eran ayudadas en esta tarea por el administrador, un mozo y una sirvienta.

Como la cosecha estaba ya recogida casi por completo, teníamos permiso, mi hermana y yo, a pasearnos por todas partes.

Recorríamos El Castillo, todas sus esquinas y rincones, desde las bodegas hasta los desvanes. Jugábamos al escondite, alrededor de las columnas, o bien uno de nosotros oculto bajo una escalera, esperaba el paso del otro para salir bruscamente gritando a fin de asustarlo.

La escalera de madera que llevaba al granero era muy empinada. Un día yo había bajado delante de Berthe y me había escondido entre los tubos de chimenea donde estaba muy oscuro, reinaba una gran oscuridad mientras la escalera estaba iluminada por un tragaluz que daba al tejado. Cuando Berthe apareció, descendiendo con circunspección, me lancé imitando con fuerza el ladrido del perro. Berthe, que no me sabía allí, perdió pie a causa del gran susto recibido y, fallando el peldaño siguiente, cayó de tal manera que su cabeza estaba al pie de la escalera mientras sus piernas se encontraban aún sobre los peldaños.

Naturalmente, su vestido se había levantado y le cubría el rostro, dejando sus piernas al desnudo.

Cuando me acerqué sonriendo, vi que su camisa había seguido al vestido hasta encima del ombligo.

Berthe no se había puesto pantalón porque —como me confesó después—, el suyo estaba sucio y no había habido aún tiempo de desempaquetar la ropa blanca. Así fue como vi por primera vez a mi hermana en una desnudez impúdica.

En verdad la había ya visto completamente desnuda, porque a menudo nos habíamos bañado juntos los años precedentes. Pero no había visto su cuerpo más que por detrás o como máximo de lado, porque mi madre, así como mi tía, nos habían colocado de tal manera que nuestros culitos de niño estuvieran situados uno frente al otro mientras nos lavaban. Las dos damas tenían buen cuidado de que yo no lanzase ningún vistazo prohibido y, cuando nos pasaban nuestros pequeños camisones, nos recomendaban poner cuidadosamente las dos manos delante de nosotros.

Así Kate, una vez, había sido fuertemente reprendida porque había olvidado recomendar a Berthe que se pusiese la mano delante de ella un día en que había tenido que bañarla en lugar de mi tía; por mi parte, yo no debía en manera alguna ser tocado por Kate.

Era siempre mi madre o mi tía quienes me bañaban. Cuando estaba en la gran bañera me decían: «Ahora Roger puedes retirar las manos». Y, como se pueden suponer, era siempre una de ellas quien me enjabonaba y me lavaba.

Mi madre, que tenía por principio que los niños deben ser tratados como niños el mayor tiempo posible, había hecho continuar este sistema.

En esta época yo tenía trece años, y mi hermana Berthe catorce. Yo no sabía nada

del amor, ni siquiera de la diferencia entre los sexos.

Pero, cuando me sentía completamente desnudo delante de mujeres, cuando sentía las suaves manos femeninas pasearse arriba y abajo por mi cuerpo, ello me producía un extraño efecto.

Recuerdo muy bien que, una vez mi tía Marguerite había lavado y secado mis partes sexuales, experimentaba una sensación indefinida, singular, pero extremadamente agradable. Observaba que mi aparatito se ponía bruscamente duro como el hierro y que en lugar de colgar como antes alzaba la cabeza. Instintivamente me acercaba a mi tía y adelantaba el vientre tanto como podía.

Un día en que había sucedido esto mi tía Marguerite enrojeció bruscamente y esta rojez hizo más amable su simpático rostro. Apercibió mi pequeño miembro levantado y, haciendo ver que no había visto nada, hizo señas a mi madre, que tomaba un baño de pies con nosotros. Kate estaba en aquel momento ocupada con Berthe, pero enseguida prestó atención. Por otra parte, yo había ya observado que prefería con mucho ocuparse de mí que de mi hermana, y, que no perdía una sola ocasión de ayudar en este menester a mi tía o a mi madre. Ahora quería también ver algo.

Volvió la cabeza y me miró sin ningún embarazo, mientras mi tía y mi madre intercambiaban miradas significativas.

Mi madre estaba en enaguas y se las había subido hasta encima de la rodilla para cortarse más cómodamente las uñas.

Me había dejado ver sus bonitos pies completamente desnudos, sus hermosas pantorrillas nerviosas y sus rodillas blancas y redondas. Este vistazo echado a las piernas de mi madre había causado tanto efecto sobre mi virilidad como los toques de mi tía. Mi madre comprendió probablemente esto enseguida, ya que enrojeció y dejó caer sus enaguas. Las damas sonrieron y Kate se echó a reír hasta que una mirada severa de mi madre y de mi tía hizo que parase. Pero entonces, para excusarse, dijo:

—También Berthe ríe siempre cuando llego a ese sitio con la esponja caliente — Pero mi madre le ordenó severamente que callase.

En ese mismo instante se abrió la puerta del cuarto de baño y entró mi hermana mayor, Elisabeth. Tenía quince años y asistía a la escuela superior.

Aunque mi tía hubiese echado rápidamente un camisón sobre mi desnudez Elisabeth había tenido tiempo de verme y ello me produjo un gran embarazo. Pues, si bien no tenía vergüenza alguna delante de Berthe, no quería que me viese completamente desnudo Elisabeth, la cual, desde hacía ya cuatro años, no se bañaba más con nosotros, sino que lo hacía bien con las damas bien con Kate.

Experimenté una especie de cólera ante el hecho de que todas las personas femeninas de la casa tuvieran derecho a entrar en el cuarto de baño incluso cuando yo estaba, mientras que yo no tenía este derecho. Y encontraba absolutamente abusivo que se me prohibiese la entrada incluso cuando bañaban solamente a mi hermana Elisabeth, ya que no veía por qué, aunque afectase aires de señorita, la trataban de manera diferente a nosotros.

La misma Berthe estaba exasperada por las pretensiones injustas de Elisabeth, que un día se había negado a desnudarse delante de su joven hermana y no había vacilado en hacerlo cuando mi tía y mi madre se habían encerrado con ella en el cuarto de baño.

No podíamos comprender estas maneras de actuar, debidas a que la pubertad había hecho su aparición en Elisabeth. Sus caderas se habían redondeado, sus pechos comenzaban a hincharse y los primeros pelos habían hecho su aparición en su pubis, como supe más tarde.

Aquel día, Berthe solamente había oído a mi madre decir a mi tía al abandonar el cuarto de baño:

—A Elisabeth le ha venido muy pronto.

—Sí, a mí un año más tarde.

—A mí dos años más tarde.

—Ahora habrá que darle una habitación para ella sola.

—Podrá compartir la mía —había contestado mi tía. Berthe me había contado todo esto y, naturalmente, lo comprendía tan poco como yo mismo.

Esta vez, pues, desde que mi hermana Elisabeth, al entrar, me hubo visto, completamente desnudo con mi pijita levantada como un gallito encolerizado, me di cuenta de que su mirada se había dirigido a este punto para ella extraordinario y que no pudo ocultar un movimiento de profunda sorpresa, pero no desvió la mirada. Al contrario.

Cuando mi madre le preguntó bruscamente si quería también bañarse, una gran rojez invadió su rostro y contestó balbuceando:

—¡Sí, mamá!

—Roger y Berthe han terminado ya —contestó mi madre—, puedes desnudarte.

Elisabeth obedeció sin vacilar y se desnudó hasta la camisa. Sólo vi que estaba más desarrollada que Berthe, pero esto fue todo, ya que me hicieron abandonar el cuarto de baño.

Desde aquel día no me bañaron más con Berthe. Mi tía Marguerite o bien mi madre seguían estando presentes, porque mi madre se habría sentido demasiado inquieta si me hubiese dejado bañarme solo después de haber leído que un niño se había ahogado en una bañera. Pero las damas no me tocaron más la pijita ni los cojoncitos, aunque siguiesen lavándome el resto. A pesar de ello, yo todavía tenía erecciones delante de mi madre o de mi tía Marguerite. Las damas se daban perfecta cuenta, aunque mi madre volvía la cabeza al levantarme y al ponerme el camisón y mi tía Marguerite bajaba los ojos hacia el suelo.

Mi tía Marguerite tenía diez años menos que mi madre y contaba por consiguiente veintiséis; pero, como había vivido con una tranquilidad de corazón muy profunda, estaba muy bien conservada y parecía una muchacha. Mi desnudez parecía hacerle mucha impresión, ya que cada vez que me bañaba no me hablaba más que con una voz aflautada.

allí. Pero, como esto ocurrió en una época muy lejana, sólo me acuerdo vagamente.

Cuando mi tía se hubo serenado, me dijo encolerizada:

—Sólo fue una broma, Roger, y entonces no eras más que un niño pequeño. Pero ya veo que ahora no se puede bromear contigo, te has hecho un hombre.

Y lanzó una nueva mirada a mi pija tiesa.

—Además eres un maldito atrevido, ya no te quiero. —y, al mismo tiempo, dio un golpecito a mi miembro.

Entonces quiso marcharse, pero yo la retuve diciendo:

—Perdóname tiita, no diré nada a nadie, aunque te metas en la bañera.

—Puedo hacerlo —dijo ella sonriendo. Se quitó las zapatillas rojas, mostrando los pies desnudos, se levantó la bata hasta encima de las rodillas y se metió en la bañera cuya agua le subía hasta lo alto de las pantorrillas.

—Ahora ya he hecho tu voluntad, Roger, haz el favor de vestirte y obedece, si no, no volveré a mirarte.

Decía aquello de una manera tan segura que vi que iba en serio. Ya no tenía erección. Cogí mi camisa y me vestí mientras mi tía Marguerite tomaba un baño de pies. Además, para que no le pidiera nada más, me dijo que se sentía indispuesta y que no se bañaría.

Cuando estuve vestido, salió de la bañera para secarse. La toalla estaba húmeda de mi cuerpo, me puse de rodillas y sequé los bonitos pies de mi tía. Ella me dejó hacer sin protestar. Cuando pasé por entre los dedos rió y, cuando toqué las plantas de los pies, haciéndole cosquillas, se puso de nuevo de muy buen humor y consintió también de dejarse secar las pantorrillas.

Cuando llegué a las rodillas, ella misma me indicó que no debía ir más arriba. Obedecí, aunque desde hacía tiempo ardía por saber lo que las mujeres llevaban bajo las faldas que era tan precioso que se creían obligadas a mantenerlo tan cuidadosamente escondido.

Mi tía y yo éramos de nuevo amigos, pero desde entonces tuve que bañarme solo.

Mi madre debía de haberse enterado de estas cosas por mi tía, pero no me hacía saber nada.

Ahora vamos a abandonar estos preliminares que eran necesario para la comprensión de lo que va a seguir.

Ahora hay que hacer marcha atrás un poco y volver a tomar el hilo de nuestra historia.

CAPÍTULO II

Mi hermana había, pues, caído al pie de la escalera, las faldas al aire, y no se levantaba, ni siquiera cuando me vio muy cerca de ella.

Estaba como fulminada por su caída y de miedo. Yo creía que quería asustarme y la curiosidad ganaba en mí a la piedad.

Mis ojos no podían desviarse de su desnudez. Veía, en el lugar donde su bajo vientre se unía a sus muslos, una protuberancia extraña, una gran mota en forma de triángulo sobre la cual se veían algunos pelos rubios. Casi en el punto en que los muslos se unían, la mota era compartida por una gruesa raja de cerca de tres centímetros y dos labios se abrían a derecha y a izquierda de la raja. Vi el punto donde terminaba esa raja cuando mi hermana se esforzó por levantarse.

Es probable que no tuviese idea de su desnudez, ya que de otro modo se habría bajado primero la ropa. Pero, bruscamente, abrió los muslos juntando los pies. Entonces vi cómo los dos labios cuyo comienzo ya había visto cuando tenía los muslos apretados, continuaban para unirse cerca de su culo.

Durante su rápido movimiento, había entreabierto la raja que, en esta época, podía tener de siete a ocho centímetros de largo; durante este momento, yo había podido ver la carne roja del interior, mientras que el resto de su cuerpo era de un color de leche. Hay que exceptuar sin embargo la entrepierna que, cerca de los labios, era un poco roja. Pero esta ligera rojez procedía, sin duda, del sudor o de los meados.

Entre el final de su coño, cuya forma era bastante parecida a la de la raja de un albaricoque, y su culo, había una distancia de algunos dedos. Allí se encontraba el agujerito de mi Berthe, que se me apareció en el momento en que habiéndose vuelto mi hermana, me tendía el culo. Este agujero no era mayor que la punta de mi dedo meñique y tenía un color más oscuro. Entre las nalgas, la piel estaba ligeramente roja a causa del sudor provocado por el calor de este día.

Mi curiosidad había sido tan viva que no había reparado en que, al caer, mi hermana había debido de hacerse mucho daño, pero finalmente me di cuenta y volé en su auxilio. A decir verdad, toda esta escena no había durado ni un minuto. Ayudé a Berthe a levantarse. Vacilaba y se quejaba de dolores de cabeza.

Desde luego había agua fría en el pozo del patio, pero habríamos sido observados inevitablemente, nos habrían preguntado y, por último, nuestras excursiones por El Castillo habrían sido prohibidas. Propuse ir hasta el pequeño estanque que, desde lo alto del tejado, habíamos descubierto al fondo del jardín. Llegados allí, encontramos, casi escondidas por una vegetación espesa, rocas artificiales, de las que salía una fuente que caía en el estanque.

Berthe se había sentado en el banco de piedra, y con nuestros pañuelos le hice compresas. Estaba un poco acalorada y jadeante. Pero todavía había tiempo hasta mediodía y, al cabo de una media hora, había recobrado el ánimo aunque conservase un gran chichón en la cabeza. Afortunadamente éste no se veía, ya que quedaba

oculto por los cabellos.

Durante este rato yo había clasificado en mi espíritu todo lo que había visto y me demoraba de buena gana en el recuerdo de estas cosas nuevas.

Pero no sabía cómo debía actuar a propósito de ello con Berthe.

Finalmente decidí lo que iba a hacer; había observado, al contemplar la desnudez de mi hermana, que en el punto donde terminaba su coño, bajo su culo había un grano de belleza.

Yo tenía uno parecido en el mismo sitio, detrás de los cojones.

Mi madre y mi tía lo habían mirado un día, riendo, y yo no había comprendido por qué; más tarde lo había visto al mirarme el culo en el espejo.

Cuando comuniqué esto a Berthe, enrojeció profundamente y pareció muy extrañada. Primero hizo como si no comprendiese, pero cuando le hube descrito bien su posición, cuando me hube echado por el suelo, las piernas separadas para mostrarle cómo la había visto, manifestó una vergüenza sin medida.

Yo había cuidado de que en el jardín no hubiese nadie más que nosotros. La alta vegetación nos ocultaba de toda mirada lejana, mientras nosotros podíamos percibir la proximidad de cualquier extraño.

Desabroché mis tirantes, dejé caer mi ligero pantalón de verano y me volví a echar de espaldas frente a mi hermana.

—¡Oh! ¡Dios mío! Roger, si alguien te viese —dijo ella a media voz, pero sin desviar sus miradas.

—No hay nadie cerca, Berthe —contesté yo en el mismo tono. Entonces me levanté, me puse delante de ella, alcé mi camisa y le dije—: Ya que yo te he visto toda entera, tú puedes verme todo entero.

La curiosidad de Berthe había sido despertada y me miraba sin ninguna especie de embarazo. Estas miradas empezaron a producirme efecto, mi miembro se volvió firme, se levantó lentamente y se balanceaba con importancia, mientras el glande quedaba al descubierto.

—¿Ves, Berthe?, por el agujerito de la punta es por donde meo, pero ahora no puedo, aunque tengo ganas.

—Yo también tengo ganas, desde hace rato —dijo dulcemente Berthe— pero me da vergüenza, ¡no debes mirarme, Roger!

—Vamos, Berthe, no seas mala, si uno se contiene demasiado tiempo la vejiga revienta y uno muere. Es lo que decía nuestra vieja criada.

Berthe se levantó, miró a todos lados y luego se agachó cerca del banco y se puso a mear. Yo me incliné rápidamente para verlo todo y vi, en lo alto de su raja, un chorro delgado y largo que caía oblicuamente sobre el suelo.

—¡Oh no, Roger! —gritó ella en un tono llorón— ¡Eso no se hace!

Dejó de mear y se levantó.

—Pero Berthe, si nadie nos ve, sé buena —contesté yo. Sonreí y añadí—: Mírame a mí, yo no me avergüenzo delante de ti.

Empecé a mear, pero intermitentemente, porque mi miembro estaba aún tieso. Berthe soltó una carcajada. Yo aproveché su buen humor, le levanté rápidamente las enaguas y la camisa, la hice agacharse a la fuerza y la obligué a mear.

Ella ya no ofreció resistencia, abrió las piernas y se inclinó un poco hacia delante. Vi el chorro, que caía al suelo provocando salpicaduras. Al final éste se hizo más débil. Finalmente me pareció que mi hermana hacía esfuerzos, su raja se abría en lo alto y se veía la carne roja. Aquello no había durado más que unos segundos, el chorro cesó y cayeron aún algunas gotas solas.

Entonces empuñé con las dos manos los labios de su coño y los separé. Esto pareció producirle un gran placer, ya que de no ser así no habría mantenido su camisa al aire con tanta complacencia.

Al final descubrí que su raja, que podía compararse a un mejillón entreabierto, contenía otros dos labios, pero más pequeños que los de fuera.

Éstos eran de un hermoso color rojo y estaban cerrados. En lo alto, se veía un agujerito por donde había meado. Se veía también un pedacito de carne del tamaño de un guisante. Lo toqué y lo encontré muy duro.

Estos toques parecían gustar a mi hermana, pues se mantenía tranquila, aunque echaba un poco el vientre hacia delante.

Se puso muy excitada y levantó aún más su camisa, por encima del ombligo. Entonces repasé su vientre. Le pasé las manos por todas partes. Le hice cosquillas en el ombligo y pasé la lengua alrededor. Luego retrocedí un poco para ver mejor.

Sólo entonces vi los bonitos pelos que ornaban la mota grande y triangular de Berthe.

A decir verdad había pocos, eran cortos, vellosos y de un color tan claro que realmente había que estar muy cerca para verlos. Yo no tenía más, pero eran más negros.

Los retorcí un poco y manifesté mi extrañeza respecto a la diferencia de color de nuestros pelos. Pero Berthe contestó:

—¡Siempre es así!

—¿Cómo sabes eso?

—Kate me lo dijo, cuando estábamos solas en el baño. Además, pronto voy a tener mis asuntos.

—¿Qué es eso?

—El coño deja correr sangre todos los meses durante unos días. Kate tuvo pelos y sus asuntos a la misma edad que yo.

—¿Tiene también pelos como tú?

—¡Oh, no! —dijo Berthe con aire de superioridad y, dejando caer sus ropas, añadió—: Kate tiene los pelos rojizos y yo los tengo rubios. Además, tiene tantos pelos que sólo se le puede ver la cosa si abre bien las piernas.

Mientras Berthe decía todo esto, mi miembro había perdido su rigidez. Berthe lo observó y dijo:

—Mira, tu cosa se vuelto muy pequeña. Kate me dijo eso, un día que yo le había preguntado por qué había reído en el cuarto de baño. Me contó que el miembro de Roger se había levantado como el de un hombre. Además, parece que es bastante grande. Si fuese un hombre, añadió, dejaría que me lo metiese. Cuidado, Berthe, no te lo vaya a meter.

—¿Qué quiere decir eso: meterlo? —pregunté yo.

—¡Bueno, sí! Cuando se frota uno con el otro. Kate ya me lo ha hecho y yo he tenido que hacérselo también. Ella me dio mucho más gusto que tú hace un momento. Ella se moja siempre el dedo. Tuve que meterle el dedo gordo porque parece que es el que entra más. Entonces lo meneé deprisa delante y atrás y le daba gusto. Ella me lo hizo y también me dio gusto, pero la primera vez que se lo hice yo a ella me asusté mucho. Comenzó a suspirar, a soplar, se puso a gritar y tenía sacudidas, tanto que yo iba a parar creyendo que se encontraba mal: «No pares, Berthe», me dijo, y se sacudió gritando: «Berthe, Berthe, ya viene, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!…». Luego cayó sobre la cama como desvanecida. Cuando retiré el dedo de su raja, estaba como lleno de cola. Hizo que me lavase y me prometió que me lo haría venir también, cuando sea mayor y tenga pelo en mi cosa.

Mil pensamientos cruzaban por mi cabeza, tenía cien preguntas que hacer, porque me había quedado mucho por comprender.

Quién sabe, además lo que habría pasado si no hubiese sonado la campana para anunciar el almuerzo. Miré rápidamente todos los tesoros de Berthe, le enseñé los míos. Luego pusimos nuestras ropas en orden. A continuación nos besamos, prometiéndonos, por nuestro honor, no revelar nada de lo que había pasado entre nosotros. Íbamos a irnos cuando un ruido de voces nos retuvo.

CAPÍTULO III

La campana que acababa de sonar, nos dimos cuenta entonces, no era para nosotros, sino para anunciar el almuerzo de los sirvientes. No teníamos, pues, ninguna prisa por alejarnos, ya que estábamos vestidos, y la gente que se acercara no podría saber nada de lo que acabábamos de hacer.

Oímos ruido, no lejos de nosotros, fuera del jardín. Pronto vimos que estas voces pertenecían a algunas sirvientas que tenían que trabajar en el campo situado detrás del jardín. Pero podíamos mirarlas porque el almuerzo de los sirvientes empezaba un cuarto de hora después de que sonase la campana.

Como había llovido la noche anterior, la tierra del campo laborado se pegaba a los pies de las sirvientas que iban descalzas y cuyas faldas —a decir verdad no parecían tener más que una sola, cada una, sobre el cuerpo— eran muy cortas y no bajaban más allá de la rodilla. No eran de una gran belleza, pero eran de todos modos campesinas bien formadas, bronceadas por el sol y de una edad que oscilaba entre los veinte y los treinta años.

Cuando estas mujeres hubieron llegado al estanque se sentaron en el césped de la orilla y se remojaron los pies en el agua.

Mientras tomaban su baño de pies cotorreaban a quién mejor.

Estaban delante de nosotros y a una distancia de apenas diez pasos, lo que hacía que se distinguiese muy bien la diferencia de color entre sus pantorrillas morenas y sus rodillas mucho más blancas, que estaban completamente descubiertas; a algunas se les veía incluso una parte del muslo.

A Berthe no parecía producirle ningún placer este espectáculo y me tiraba del brazo para que nos fuéramos.

Entonces oímos pasos muy cerca de nosotros y vimos llegar a tres mozos por un sendero cercano a nosotros.

Algunas de las sirvientas pusieron orden en sus ropas a la vista de los hombres, y particularmente una, que tenia los cabellos de un negro de carbón y algo de español en el rostro, donde brillaban dos ojos gris claro y maliciosos.

El primero de los mozos, que era un hombre de aspecto idiota, no se apercibió de la presencia de las mujeres y, colocándose delante de nuestro escondite, se desabrochó el pantalón para mear.

Tiró de su miembro, que se parecía bastante al mío sólo que el glande estaba completamente cubierto. Le quitó el casquete para mear. Se había levantado tanto la camisa que se podían ver también los pelos que rodeaban sus partes genitales, había sacado también los cojones de su pantalón y se los rascaba con la mano izquierda, mientras dirigía su miembro con la mano derecha.

A la vista de esto experimenté la misma sensación de fastidio que Berthe cuando le había enseñado las pantorrillas de las campesinas, pero ésta era ahora toda ojos. Las muchachas hacían como que no veían. El segundo mozo se bajó también el

pantalón y mostró igualmente su polla, más pequeña que la precedente, pero medio descubierta y morena. Se puso a mear. Entonces las muchachas se echaron a reír y sus carcajadas se hicieron aún más fuertes cuando el tercer mozo se hubo puesto también en posición.

Durante este rato, el primero había terminado. Se descubrió completamente el glande, sacudió la polla para hacer caer las últimas gotas, dobló un poco las rodillas hacia delante para hacer entrar todo el paquete en el pantalón y, al mismo tiempo, soltó un pedo claro y sonoro mientras lanzaba un «¡Aaah!» de satisfacción. Entonces se produjo entre las sirvientas un estallido de risas y burlas.

La risa se hizo general cuando observaron el espectáculo del tercer mozo. Éste se había colocado en bies de tal manera que podíamos verle el miembro tan bien como las campesinas.

Lo ponía al aire de modo que el chorro fuese muy alto, lo que hacía reír a las sirvientas como locas. A continuación los mozos fueron hacia las sirvientas y una de ellas se puso a lanzar agua sobre el que tenía aire de idiota. El último mozo dijo a la morenita que se había arreglado las ropas a la vista de los hombres:

—Haces bien en esconderlo, Úrsula, yo ya he visto lo que tanto te preocupa.

—¡Hay aún muchas cosas que no has visto, Valentín! ¡Y que no verás nunca! —respondió Úrsula con coquetería.

—¿Tú crees? —dijo Valentín, que se encontraba ahora justo detrás de ella.

Al mismo tiempo la cogió por los hombros y la empujó hacia atrás contra el suelo. Ella quiso retirar los pies del agua, pero no se dio cuenta de que, al mismo tiempo, sus ligeras enaguas y su camisa se levantaban, de modo que se encontraba en la misma posición en que yo había visto antes a mi hermana. Por desgracia este agradable espectáculo no duró más que unos segundos.

Pero había durado el tiempo bastante para que Úrsula, que había mostrado ya un par de pantorrillas muy prometedoras, dejase ver dos hermosos muslos dignos de todos los honores y que terminaban en un soberbio culo cuyas nalgas no dejaban nada que desear.

Entre los muslos, bajo el vientre, había una mata de pelos negros que bajaba lo bastante para rodear los dos bonitos labios de su coño, pero en este punto los pelos no eran tan espesos como arriba, donde cubrían un espacio que a mí me habría costado esconder con la mano.

—¿Ves, Úrsula? ¡Ahora ya he visto también tu marmota negra! —dijo Valentín bastante excitado, y aceptó sin moverse los golpes y los insultos de la muchacha, que estaba realmente encolerizada.

El segundo mozo quiso también actuar con una muchacha del mismo modo en que Valentín había actuado con Úrsula.

Esta segunda sirvienta era una muchacha bastante hermosa cuyo rostro, cuello y brazos estaban tan cubierto de pecas que casi no se veía su color natural. Las tenía también en las piernas, pero menos y más grandes. Tenía el aire inteligente, sus ojos

eran castaños, sus cabellos rojos y crespos. No era, pues, bonita… bonita, pero sí lo bastante excitante como para dar deseos a un hombre. Y el mozo Michel parecía excitado: «Hélène —dijo—, debes tener un coño rojo, ¡si es negro es que te lo han robado!».

—¡Cerdo! —dijo la hermosa campesina.

Él la agarró como había hecho Valentín.

Pero ella había tenido tiempo de levantarse y, en lugar de ver el bonito coño, Michel recibió en pleno rostro una lluvia de golpes que le hicieron ver las estrellas.

Las otras dos sirvientas se pusieron también a golpear. Finalmente pudo ponerse a salvo gritando, seguido por las risas de las sirvientas, y corrió tras sus compañeros.

Las sirvientas habían terminado de bañarse los pies y se habían alejado, excepto Úrsula y Hélène, que también se preparaban para partir.

Se cuchichearon algo al oído. Úrsula se echó a reír e inclinó la frente haciendo remilgos mientras Hélène la miraba desde arriba meneando la cabeza.

La primera parecía pensar en lo que le había comunicado la segunda. Hélène lanzó una mirada a su alrededor para ver si todo el mundo se había alejado, entonces se levantó bruscamente las faldas por delante y las mantuvo en el aire con la mano izquierda, mientras se metía la derecha entre los muslos, en el punto donde se veía un bosque de pelos rojos. Por el movimiento de los pelos, que eran mucho más espesos que los de Úrsula, se podía ver que apretaba entre los dedos los labios de su coño, que el espesor del pelambre impedía percibir. Úrsula la miraba tranquilamente. Bruscamente salió un chorro de la mata de pelos, pero, en lugar de caer bruscamente al suelo, subió y describió un semicírculo. Ello extrañó mucho a Berthe que, como yo, no sabía que una mujer pudiese mear de esta manera.

Esto duró tanto como en el caso de Valentín. Úrsula estaba completamente extrañada y parecía tener ganas de probar, pero renunció pues sonó la segunda y última campanada anunciando el almuerzo y las dos sirvientas huyeron rápidamente.

CAPÍTULO IV

Cuando Berthe y yo hubimos entrado en El Castillo encontramos la mesa puesta. Pero mi madre y mi tía no habían aún terminado completamente la preparación de la sala. Mientras mi hermana las ayudaba leí en el periódico que mi padre nos enviaba un hecho diverso hablando de un señor X… que había violado a una señorita A…, busqué el significado de la palabra violado en el diccionario y encontré: desflorar. No había avanzado nada, pero tenía otro tema de pensamiento.

A continuación nos pusimos a la mesa y, contra nuestra costumbre, Berthe y yo no dijimos nada, lo que extrañó a mi madre y a mi tía, que dijeron: «Seguro que se han vuelto a pelear». Nos parecía preferible esconder nuestras nuevas intimidades bajo el manto ficticio del rencor.

Mi madre contó cómo habían dispuesto las habitaciones para ella y su marido y para mi tía. Las habitaciones estaban en el primer piso, donde se encontraba también la habitación destinada a Kate y a Berthe.

En la planta baja, detrás de una escalera que conducía a una biblioteca, se encontraba la mía. Yo subía a la biblioteca, que contenía muchos libros viejos y también algunas obras modernas.

Allí cerca se encontraba la habitación preparada para el religioso. Esta estancia estaba separada de la capilla por un pasillo. En la capilla, cerca del altar, había dos grandes palcos desde los cuales los propietarios precedentes oían la misa. En el fondo de uno de los palcos había un confesionario para los amos, mientras otro, para los sirvientes se encontraba al fondo de la capilla.

Había podido observar esto en el curso de la tarde, ya que Berthe, después de comer, había tenido que ayudar a las damas, y yo apenas había tenido tiempo de darle un beso al ir a proponer mis servicios.

Transcurrieron varios días sin que pasase nada.

Berthe estaba siempre ocupada con las damas, que todavía no habían terminado su instalación.

Como hacía mal tiempo yo pasaba largos ratos en la biblioteca, donde había quedado agradablemente sorprendido al descubrir un atlas anatómico en el cual encontré la descripción ilustrada de las partes naturales del hombre y de la mujer. Encontré también en él la explicación del embarazo y de todas las fases de la maternidad, que aún no conocía.

Esto me interesaba tanto más cuanto que la mujer del administrador estaba embarazada en este momento y su gran vientre había excitado vivamente mi curiosidad.

Yo la había oído hablar de ello con su marido. Su apartamento estaba en la planta baja, justo al lado de mi habitación, del lado del jardín.

Es evidente que los acontecimientos del día memorable en que había visto la desnudez de mi hermana, de las sirvientas y de los mozos, no habían abandonado mi

espíritu. Pensaba en ello sin cesar y mi miembro estaba constantemente en erección. Yo lo miraba a menudo y jugaba con él. El placer que me producía manosearlo me incitaba a continuar.

En la cama, me divertía también colocándome cara abajo y frotándome contra las sábanas. Mis sensaciones se refinaban de día en día. Así transcurrió una semana.

Un día en que estaba en el viejo sillón de cuero de la biblioteca, el atlas completamente abierto delante de mí, por la página de las partes genitales de la mujer, sentí tal erección que me desabroché y me saqué la pija. A fuerza de haber tirado de él, mi miembro descapullaba ahora fácilmente. Además, tenía dieciséis años y me sentía ya completamente hombre. Mis pelos, ahora más espesos, parecían un hermoso bigote. Aquel día, a fuerza de frotar, sentí una voluptuosidad desconocida y tan profunda que mi respiración se hizo jadeante. Me apretaba con más fuerza el miembro a manos llenas, lo soltaba, frotaba de delante atrás, descapullaba completamente, me hacía cosquillas en los cojones y el agujero del culo, luego miraba mi glande descapullado, era de un rojo oscuro y brillaba como laca.

Esto me producía un placer inexpresable, acabé por descubrir las reglas del arte de la paja y me frotaba la pija regularmente y con medida, aunque sucedió una cosa que yo aún no conocía.

Tuve una sensación de voluptuosidad indecible, la que me obligó a extender las piernas delante de mí y a llevarlas, contra las patas de la mesa, mientras mi cuerpo, echado hacia atrás, se apretaba contra el respaldo del sillón.

Sentí que la sangre subía a mi rostro. Mi respiración se hizo pesada, tuve que cerrar los ojos y abrir la boca. En el espacio de un segundo, mil pensamientos cruzaron por mi cerebro.

Mi tía, delante de la cual yo había permanecido completamente desnudo, mi hermana, cuyo bonito gatito había visitado, las dos sirvientas con sus muslos potentes, todo esto desfiló ante mis ojos. Mi mano frotó más rápidamente la pija, una sacudida eléctrica atravesó mi cuerpo.

¡Mi tía! ¡Berthe! ¡Úrsula! ¡Hélène!… Sentí cómo mi miembro se hinchaba y, del glande rojo oscuro, brotó una materia blancuzca, primero en un gran chorro, luego otros menos potentes. Me había corrido por primera vez.

Mi ingenio se reblandeció rápidamente. Ahora miraba con curiosidad e interés el esperma que me había caído sobre la mano derecha, pues tenía el olor de la clara de huevo y también su aspecto. Era espeso como cola. Lo lamí y le encontré un sabor a huevo crudo. Finalmente sacudí las últimas gotas que colgaban en la punta de mi miembro completamente dormido y que sequé con mi camisa.

Sabía, por mis lecturas precedentes, que acababa de abandonarme al onanismo. Busqué esta palabra en el diccionario y encontré un largo artículo al respecto, tan detallado que cualquiera que no hubiese conocido la práctica la habría aprendido infaliblemente.

Esta lectura me excitó de nuevo, la fatiga que había seguido a mi primera

eyaculación había pasado. Un hambre devoradora había sido el único fruto de esta acción. En la mesa, mi madre y mi tía se dieron cuenta de mi apetito, pero lo atribuyeron al crecimiento.

Observé, a continuación, que el onanismo se parecía a la bebida, ya que cuanto más se bebe más sed se tiene…

Mi pija no dejaba de mantenerse erecta y yo no dejaba de pensar en la voluptuosidad, pero los placeres de Onan no podían satisfacerme eternamente. Pensaba en las mujeres y me parecía una lástima desperdiciar mi esperma pelándomela.

Mi pija se hizo más morena, mis pelos formaron una bonita perilla, mi voz se había vuelto profunda y algunos pelos, aún microscópicos, empezaban a aparecer encima de mi labio superior. Me di cuenta de que ya no me faltaba nada de hombre, excepto el coito —era la palabra que daban los libros a esta cosa aún desconocida para mí—.

Todas las mujeres de la casa se habían dado cuenta de los cambios que se habían producido en mi persona, y ya no era tratado como un crío.

CAPÍTULO V

Llegó la fiesta del Santo patrón de la capilla del Castillo, y ello dio lugar a una gran fiesta que estuvo precedida por la confesión de los habitantes del Castillo.

Mi madre había decidido confesarse ese día y mi tía pensaba hacer lo mismo; los otros habitantes del Castillo no debían quedarse atrás.

Yo me había hecho pasar por enfermo y estaba en mi habitación desde la noche anterior, a fin de que mi supuesta enfermedad no despertase sospecha alguna.

El capuchino había llegado y había comido con nosotros. Habíamos tomado el café en el jardín, donde me quedé solo cuando Kate hubo desembarazado completamente la mesa. Como el tiempo se me hacía largo, fui a la biblioteca, donde observé una puerta escondida que todavía no había observado. Daba a una escalera disimulada, estrecha y sombría, que no recibía luz más que por un pequeño ojo de buey situado en la punta de pasillo adonde aquélla conducía.

Por esta escalera se llegaba a la capilla, y detrás de la puerta cerrada con cerrojo y herrumbrosa, ya que hacía tiempo que no era utilizada, se oía la voz del capuchino que decía a mi madre que la confesaría al día siguiente en este sitio.

El tabique de madera al cual estaba adosado el confesionario dejaba pasar de manera clara cada palabra. Me pareció, pues, que desde este lugar lo podría oír todo.

Pensé también que esta escalera debía haber sido dispuesta en los siglos pasados por un señor celoso que quería oír las confesiones de su esposa.

Al día siguiente, después de mi café, vino la mujer del administrador para hacer mi habitación. Ya he dicho que estaba embarazada y pude contemplar a mis anchas la enorme masa de vientre y también el tamaño desacostumbrado de sus pechos, cuyo bamboleo se podía percibir bajo la ligera blusa que llevaba.

Esta mujer era agradable y tenía un rostro bastante bonito. Había sido, antes, sirvienta en El Castillo, hasta que el administrador que la había engordado se casó con ella.

Yo había visto ya senos de mujeres en imagen o en las estatuas, pero nunca los había visto al natural.

La administradora tenía prisa. Sólo se había abrochado un botón de la blusa y sucedió que, al curvarse para hacer mi cama, este botón se desabrochó y yo percibí todo su pecho porque llevaba un camisón muy escotado.

Di un salto:

—¡Señora! ¡Va usted a enfriarse!

Y, haciendo ver que quería abrocharle la blusa, desaté la cinta que mantenía su camisón sobre los hombros. En el mismo instante, los dos pechos parecieron saltar de su escondite y sentí su tamaño y su firmeza.

Los botones que se aguantaban en el centro de cada seno sobresalían, eran rojos y estaban rodeados por una areola muy grande y de color moreno.

Estos pechos eran tan firmes como un par de nalgas y, como yo los apretase un

poco con las dos manos, se los habría podido tomar por el culo de una bonita muchacha.

La mujer había quedado tan extrañada que tuve tiempo, antes de que se hubiese recuperado de su emoción de besar sus pechos a placer.

Olía a sudor, pero de una manera bastante agradable que me excitaba. Era este «odor di femina» que, lo supe más tarde, emana del cuerpo de la mujer y que, siguiendo a su naturaleza, excita el placer o el asco.

—¡Ah! ¡Uh! ¿Pero qué se cree usted? No… eso no se hace… soy una mujer casada… por nada del mundo…

Eran sus palabras, mientras yo la empujaba hacia la cama. Había abierto mi bata, levanté mi camisa y le mostré mi miembro en un estado de excitación espantoso.

—Déjeme, estoy embarazada, ¡oh! ¡Señor! Si alguien nos viese.

Aún se defendía, pero más débilmente.

Además, su mirada no abandonaba mis partes sexuales. Se mantenía contra la cama, sobre la cual yo me esforzaba por hacerla caer.

—¡Me hace daño!

—¡Bella señora! Nadie nos ve ni nos oye —dije yo.

Ahora estaba sentada en la cama. Seguí empujando. Ella cedió, se echó de espaldas y cerró los ojos.

Mi excitación no conocía ya límites. Levanté sus ropas, su camisón, y vi un bello par de muslos que me entusiasmaron más que los de las campesinas. Entre los muslos cerrados percibí una matita de pelos castaños, pero en la cual no se podía distinguir raja alguna.

Caí de rodillas, agarré sus muslos, los palpé por todas partes, los acaricié, puse las mejillas encima y los besé. Muslos arriba, mis labios subieron al monte de Venus, que olía a meados, lo que me excitó aún más.

Levanté el camisón y miré pasmado la enormidad de su vientre, en el que el ombligo estaba en relieve en lugar de estar hueco como en el vientre de mi hermana.

Lamí este ombligo. Ella estaba inmóvil, sus senos colgaban a los dos lados. Levanté a uno de sus pies y lo puse encima de la cama. Apareció su coño. Primero me asusté al ver los dos grandes labios, espesos e hinchados, cuyo color rojo iba hacia el marrón.

Su preñez me dejaba gozar de esta vista de una manera muy completa. Sus labios estaban abiertos y, en el interior, donde eché una ojeada, percibí todo un mostrador de carnicería en el que la carne era de un hermoso rojo húmedo.

En lo alto de los grandes labios se veía el agujero de hacer pipí con un granito de carne encima, era el clítoris, como pude darme cuenta, por lo que había aprendido en el atlas anatómico.

La parte superior de la raja se perdía en los pelos que cubrían un monte de Venus de una gordura desmesurada. Los labios estaban casi desprovistos de pelos y la piel, entre los muslos, estaba húmeda y enrojecida por el sudor.

A decir verdad, el espectáculo no era admirable, pero me gustó tanto más cuanto que esta mujer era bastante limpia. No pude evitar colocar la lengua dentro de su raja y, rápidamente, lamí y relamí el clítoris que se endurecía bajo mi glotonería enfurecida.

Este lamer me cansó pronto, sustituí la lengua por un dedo, la raja estaba muy húmeda. Entonces me apoderé de los pechos cuyas puntas cogí con la boca chupándolas alternativamente. Mi índice no abandonaba el clítoris, que se endurecía y aumentaba de tamaño. Pronto tuvo la talla de mi meñique y el grosor de un lápiz.

En este momento la mujer recuperó su espíritu y se echó a llorar, pero sin abandonar la posición que yo le había impuesto. Yo simpatizaba un poco con su pena, pero estaba demasiado excitado para preocuparme realmente. Le dije zalamerías para consolarla. Finalmente le prometí ser el padrino del niño que esperaba.

Fui a mi cajón y tiré del dinero, que di a la mujer, que había reparado su desorden. A continuación me quité la camisa y sentí cierta vergüenza por el hecho de encontrarme de nuevo desnudo delante de una mujer, sobre todo casada y embarazada.

Cogí la mano algo húmeda de la administradora y la coloqué sobre mi miembro. Este contacto era realmente exquisito.

Ella apretó, primero suavemente y después con más fuerza. Yo había agarrado sus pechos, que me atraían.

La besé en la boca y ella me dio los labios con prontitud.

Todo en mí tendía hacia el placer. Me coloqué entre los muslos de la administradora sentada, pero ella gritó:

—Encima no, me hace daño. Ya no puedo dejar hacérmelo por delante.

Bajó de la cama, se volvió y se inclinó, la cara sobre la cama. No añadió una palabra, pero mi instinto me dio la solución del enigma. Me acordé de haber visto a dos perros en acción. Cogí enseguida a Medor como ejemplo y levanté el camisón de Diane. Era el nombre de la administradora.

Apareció el culo, pero un culo como yo no había jamás soñado. Si el culo de Berthe era más gracioso, realmente carecía de importancia al lado de éste. Mis dos nalgas juntas no hacían la mía de una sola de este culo milagroso cuya carne era, además, muy firme. Era de un blanco deslumbrante, como los pechos y los hermosos muslos.

En la raja había pelos rubios y esta raja dividía profundamente el culo pasmoso en dos soberbias nalgas.

Debajo del culo colosal, entre los muslos, aparecía el coño gordo y jugoso, en el cual fisgué con un dedo divertido.

Coloqué el pecho contra el culo desnudo de la mujer e intenté rodear con los brazos su vientre inabarcable que colgaba como un globo majestuoso.

Entonces besé sus nalgas y froté contra ellas mi miembro. Pero mi curiosidad no estaba aún satisfecha. Abrí las nalgas e inspeccioné el agujero del culo. Estaba en

relieve como el ombligo y era oscuro pero muy limpio.

Metí el dedo, pero ella hizo un movimiento de rechazo y temí haberle hecho daño. Así que no insistí en absoluto. Metí mi pija ardiente en su coño, como un cuchillo en una pella. Entonces me agité como un diablo haciendo chocar mi vientre contra el culo elástico.

Esto me puso completamente fuera de mí. Ya no sabía lo que hacía y llegué así al término de la voluptuosidad eyaculando por primera vez mi simiente en el coño de una mujer.

Yo quería entretenerme en esta agradable posición después de la descarga, pero la administradora se volvió y se cubrió púdicamente. Mientras se abrochaba la blusa oí un pequeño flic-flac. Era mi esperma, que manaba de su coño y caía al suelo. Ella lo extendió con el pie y se frotó la falda con los muslos para secarse.

Cuando me vio delante de ella, la pija a media erección, roja y completamente húmeda, sonrió, tiró de su pañuelo y limpió cuidadosamente el miembro que la había festejado.

—Vístase, señor Roger —dijo— tengo que irme; pero por el amor del cielo, que nadie sepa jamás —añadió enrojeciendo— lo que ha pasado entre nosotros, si no, ya no le querré.

La apreté contra mí, se intercambiaron dos besos y se fue dejándome con un oleaje de sensaciones nuevas que casi me habían hecho olvidar la confesión.

CAPÍTULO VI

Tan silenciosamente como me fue posible, penetré en el estrecho pasillo. Iba en chancletas y me acercaba al tabique de madera. Pronto hube encontrado el lugar desde donde se oía mejor. El capuchino se las había arreglado para que sólo la persona que se confesaba permaneciese en el oratorio, mientras los que esperaban se mantenían en la capilla.

Por consiguiente no había necesidad de hablar en voz baja. Y la conversación era muy clara. Noté por la voz que había un campesino en el confesionario. La confesión debía de haber comenzado hacía rato, ya que el capuchino habló así:

El Confesor: —Así dices que en los lavabos juegas siempre con tu miembro. ¿Por qué lo haces, cuánto rato, y ha tenido lugar eso a menudo?

El Campesino: —En general dos veces por semana, pero a veces todos los días, hasta que viene. No puedo evitarlo, me da demasiado gusto.

El Confesor: —Y ¿con las mujeres no lo has hecho nunca?

El Campesino: —Sólo una vez con una vieja.

El Confesor: —Cuéntame eso y no me escondas nada.

El Campesino: —Una vez estaba con la vieja Rosalie en el granero de heno. Empecé a tener una erección y dije:

«Rosalie, ¿hace mucho tiempo que no has tenido un hombre?». Ella me dijo: «¡Ah cochino! ¿Es eso posible, cielo santo? Hace al menos cuarenta años. Y no quiero ninguno más. Tengo ya sesenta años de edad». Yo le contesto «Vamos, Rosalie, me gustaría mucho ver, una vez, una mujer desnuda; desnúdate». Ella dijo: «No, no tengo confianza, podría venir el diablo». Entonces dije yo: «Pero la última vez que lo hiciste no vino». Entonces tiré la escalera, de modo que nadie pudiese subir. Tiré de mi miembro y se lo enseñé. Ella lo miró y me dijo: «Es todavía más gorda que la de mi cochino Jean». Yo le dije: «Rosalie, ahora tienes que enseñarme el coño». Ella no quería enseñarme nada, pero yo le levanté las faldas por encima de la cabeza y la miré bien…

El Confesor: —Vamos, continúa, ¿qué pasó?

El Campesino: —Tenía una gran raja debajo del vientre. Era violeta como una ciruela tardía y debajo había una mata de pelos grises.

El Confesor: —Yo no te pregunto eso; ¿qué hiciste?

El Campesino: —Metí mi salchicha en la raja hasta los cojones, que no podían entrar. Cuando estuvo dentro, Rosalie comenzó a menear el vientre adelante y atrás y me gritó: «¡Cógeme por el culo, cerdo! Pon las manos y menéate como yo». Entonces nos meneamos los dos, tanto que yo empecé a tener calor, y la Rosalie se agitaba de tal manera que, usted dispense, se corrió cinco o seis veces. Entonces yo me corrí una vez, usted dispense. Entonces la Rosalie se puso a gritar: «¡Cerdo, apriétame fuerte,

ya viene, ya viene!» y también yo me corrí otra vez. Pero la despidieron porque una chica del establo nos había oído y lo había contado todo. Y es por eso también por lo que no tengo ganas de correr detrás de esas rameras jóvenes.

El Confesor: —He aquí unos hermosos pecados mortales. ¿Qué más tienes en la conciencia?

El Campesino: —Siempre he pensado en Rosalie. Un día que estaba en la vaquería mientras las sirvientas estaban en otra parte, comiendo, veo que una vaca está en celo. Pienso: tiene un coño parecido al de Rosalie. Saco la pija y quiero hundirla en la vaca. Pero no estaba tan tranquila como Rosalie. Pero la mantuve, le levanté la cola. Entonces pude ensartarla y me dio mucho más gusto que con Rosalie. Pero se me cagó encima, usted dispense, tanto que mis cojones y mis pantalones estaban llenos de mierda. Por eso ya no he tenido más ganas de jodérmela.

El Confesor: —Sí, pero ¿cómo es que efectúas actos semejantes?

El Campesino: —Nuestro pastor lo hace siempre así con sus cabras y nuestra sirvienta Lucie se echó un día al suelo en el establo, con el gran pato entre los muslos, porque eso es muy bueno para el vientre, dijo a su vecina que también lo probó.

La continuación de la confesión carecía de interés. Salí de mi escondite y corrí a la capilla para ver el aspecto del penitente. Quedé pasmado al reconocer a aquel mozo idiota que, cerca del estanque, se había prestado tan bobamente a las bromas de las hermosas sirvientas.

Era el último penitente varón. Mi madre se levantó para ir a confesarse. Cerca de ella estaban arrodilladas mi tía y la picante Kate. Detrás estaban todas las sirvientas. Me extrañó no percibir a mi hermana Berthe. La administradora había sido dispensada de ir a confesión a causa de su embarazo avanzado.

La confesión de mi madre era muy inocente pero no carente de interés. Después de haber enumerado sus pecados cotidianos, continuó:

Mi Madre: —Todavía tengo que hacerle un ruego, padre. Mi marido exige de mí, desde hace cierto tiempo, ciertas cosas. En nuestra noche de bodas me había desnudado y había repetido esto de cuando en cuando. Pero ahora quiere siempre verme desnuda y me ha enseñado un viejo libro cuyo autor era un religioso en el cual se encuentra, entre otras cosas, esto: «Los esposos deben realiza el acto carnal completamente desnudos, de modo que la simiente del hombre se mezcle más íntimamente con la de la mujer». Ahora tengo escrúpulos a este respecto, me han venido a medida que me hacía mayor.

El Confesor: —Ese libro fue escrito en la Edad Media. La moda de llevar camisón no era general. Sólo las personas de categoría elevada lo llevaban. La gente llana dormía sin camisón en la cama conyugal, y aún ahora existen zonas donde este uso ha persistido. Nuestras campesinas, por ejemplo, duermen casi todas así, principalmente a causa de los chinches. La Iglesia no ve esta práctica con buenos

ojos, pero no la prohíbe de manera expresa.

Mi Madre: —Ahora me siento más segura sobre este punto. Pero mi marido me hace también adoptar siempre ciertas posiciones que me dan vergüenza. Últimamente he tenido que ponerme desnuda a cuatro patas, y él me ha mirado por detrás. Cada vez tengo que pasearme desnuda por la habitación, me da un bastón y manda: «¡Adelante, marchen!». O bien: «¡Alto!». O bien: Por el flanco derecho o izquierdo, como en la instrucción.

El Confesor: —Eso no debería producirse pero, si lo hace solamente por obediencia, no comete usted pecado.

Mi Madre: —¡Ah! Tengo todavía algo en el corazón, pero me da vergüenza hablar.

El Confesor: —No existe pecado que no pueda ser perdonado, hija mía. Alivie su conciencia.

Mi Madre: —Mi marido siempre quiere cogerme por detrás y se conduce de una manera que casi me desmayo de vergüenza. Así pues, últimamente siento que me introduce el dedo, cubierto de pomada, en… en… en el ano. Yo quiero levantarme, él me tranquiliza, pero siento perfectamente que introduce el miembro. Primero me hacía daño, pero, no sé por qué, pasado un momento me resultó agradable, y cuando hubo terminado tuve la misma sensación que si hubiese actuado por la vía natural. (El resto fue murmurado en voz demasiado baja para que yo pudiese oírlo).

El Confesor: —Eso es un pecado. Envíeme a su marido a confesión.

El resto de la confesión no era interesante. Pronto tomó sitio mi tía y oí su agradable voz. Se acusó, por lo que pude entender, de haber faltado a menudo a la confesión. Pero quedé estupefacto cuando añadió muy bajo y vacilando que ella, que hasta entonces no había tenido nunca deseos carnales, había sentido movimientos amorosos al ver a su joven sobrino en el baño y que había tocado su cuerpo con concupiscencia, pero que había podido frenar a tiempo estos malos deseos. Solamente, una vez mientras su sobrino dormía, habiendo caído la manta, se veían sus partes viriles; lo había mirado un buen rato e incluso se había metido el miembro en la boca. Decía esto con una gran vacilación. Se habría dicho que las palabras ya no podían salir. Sentí una emoción extraordinaria.

El Confesor: —¿No ha pecado usted nunca con hombres o se ha manchado sola?

Mi Tía: —Todavía soy virgen, al menos de hombre. Me he mirado a menudo desnuda en el espejo, y con la mano he practicado toques a mis partes púdicas. Una vez… (vacilaba).

El Confesor: —¡Valor, hija mía!, no esconda nada a su confesor.

Mi Tía: —Una vez mi hermana me dijo: «Nuestra criada usa muchas velas. Seguro que lee novelas en la cama y una de estas noches va a pegarle fuego a la casa. Tú duermes cerca de ella, ten cuidado». Actué así, aquella misma noche al ver luz en

su habitación. Yo había dejado la puerta abierta y entré en la habitación de Kate sin hacer el menor ruido. Estaba sentada en el suelo, la espalda vuelta a medias hacia mí, y se inclinaba hacia su cama. Delante de ella había una silla sobre la cual estaba colocado un espejo, a izquierda y a derecha del espejo ardían dos velas. Kate estaba en camisón y vi claramente por el espejo que sostenían con las dos manos una cosa larga y blanca que hacía ir y venir entre sus muslos muy abiertos. Suspiraba profundamente y sacudía todo el cuerpo. De repente, la oí gritar: «¡Oh, oh, aaah! ¡Qué bien!». Inclina la cabeza, cierra los ojos y parece completamente fuera de sí. Entonces me muevo, ella da un salto y veo que tiene una vela que estaba casi completamente escondida. Entonces me explica que hace eso en recuerdo de su amante que ha tenido que marcharse a hacer el servicio militar. Me extrañó que se pudiera actuar así, pero ella me suplicó que no revelase nada. Me fui, pero ese espectáculo me había chocado de tal manera que luego no he podido evitar, padre, probar la misma cosa, que luego, ¡por desgracia! He vuelto a empezar a menudo. Sí, he caído aún más bajo, padre. A menudo me he levantado el camisón y, en diversas posiciones, me he procurado, según su ejemplo, placeres culpables.

El confesor le recomendó el matrimonio y le dio la absolución.

El lector puede fácilmente figurarse cómo fue la confesión de Kate, según las confidencias de mi hermana y de mi tía. Me enteré, además de que tenía cada vez más ganas de un hombre y que su amistad con Berthe aumentaba enormemente. A menudo se acostaban desnudas juntas y a menudo llegaban a comparar sus culos en el espejo después de haberse contemplado al natural.

Las confesiones de las sirvientas eran muy simples. Se habían dejado ensartar por los mozos, pero sin refinamiento, y nunca habían dejado entrar a un hombre en su habitación, donde dormían juntas y desnudas. Pero en esto no habían tenido éxito durante las grandes maniobras. Había pasado un regimiento. Los soldados tenían boletos de alojamiento. Los habían puesto por todas partes. Asimismo todas las sirvientas, incluso una que era pasablemente vieja, habían tenido que dejarse ensartar, incluso por detrás, lo que les parecía, por otra parte, un pecado mortal. Cuando el capuchino les preguntaba si no se habían procurado placeres a solas o con una compañera, contestaban: «¿Quién querría meter la mano en un coño maloliente?». Pero no encontraban mal haberse mirado mutuamente mientras cagaban o meaban ni haber utilizado para gozar pollos, palomas y ocas.

Una se había hecho lamer el coño una vez por un perro. A la pregunta de si se había hecho ensartar por él, contestó:

«Lo habría hecho de buena gana, pero no era lo bastante grande».

Tomé todas las precauciones posibles para volver a mi habitación sin ser visto.

CAPÍTULO VII

Poco rato después de que hubiese entrado en mi habitación llegaron mi madre y mi tía y me anunciaron la visita de mi padre, diciéndome también que Berthe se había acostado a causa de una indisposición. Mi madre añadió que la indisposición no era grave, que pronto estaría restablecida y que, por consiguiente, era mejor que no fuese a verla para nada.

Esto excitó mi curiosidad y me lancé a decidir lo que haría. Sabía que mi madre y mi tía debían ir por la tarde al pueblo con el capuchino, a casa de una pobre enferma y que Kate debía acompañarlas para llevar una cesta llena de ropas para la mujer.

Mientras las damas hablaban, yo las miraba atentamente y con ojos muy diferentes de antes de la confesión.

Llevaban vestidos oscuros, que hacían resaltar las características de su apariencia, es decir el aspecto floreciente de mi madre y talla esbelta de mi tía.

Las dos eran tan deseables, una con su virginidad aún intacta de un contacto masculino y prometedora de voluptuosidades insospechadas, la otra con su madurez excitante de mujer casada y que se ha entregado con placer a todas las fantasías de un marido lleno de imaginación.

En el momento en que entraron estaba lavándome y expliqué que había probado a levantarme de la cama, ya que, en el fondo, mi enfermedad fingida empezaba a fastidiarme considerablemente.

Mi tía, que no había visto aún mi habitación ni la biblioteca, entró en esta última. Mi madre se fue a la cocina para vigilar la preparación de la comida.

Este aislamiento con mi hermosa tía, que, ahora, me parecía doblemente deseable, me excitó considerablemente. Pero me resentía aún de mi sesión con la administradora y tuve que confesarme que demasiada prisa podría comprometer para siempre mis designios.

Marguerite, después de haber examinado la biblioteca, se había acercado a la mesa y, sin sentarse, miraba lo que en ella había. Podía hacer descubrimientos interesantes. El volumen O de la Enciclopedia estaba encima. Una señal marcaba la palabra «Onanismo», cerca del cual yo había puesto con lápiz una señal de interrogación. La oí cerrar el libro y, a continuación, abrir el Atlas anatómico, parándose más tiempo en ciertas láminas.

Tampoco había nada de extraño en el hecho de que sus mejillas estuviesen, cuando yo entre, cubiertas de un rojo intenso.

Yo hice ver que no me daba cuenta de su confusión y le dije dulcemente:

—Tú también debes aburrirte a veces tiita. El sacerdote que antes vivía aquí tenía libros muy interesantes respecto a la vida humana. Puedes llevarte algunos a tu habitación.

Cogí dos libros: El matrimonio descubierto, Amor y matrimonio y se los metí en el bolsillo. Como hiciera cumplidos, añadí:

—Naturalmente, esto queda entre nosotros, ya no somos niños. ¿Verdad tiita?

Y le salté bruscamente al cuello dándole un beso sonoro. Tenía un bonito moño y una nuca deliciosa. Los moños bonitos y las nucas bonitas siempre me han puesto fuera de mí, así que posé sobre su nuca grandes besos que me embriagaron completamente.

Pero, en Marguerite, la confesión seguía haciendo efecto. Me empujó, pero sin violencia, y se fue llevándose los libros en el bolsillo, después de haber echado otro vistazo a mi habitación.

Por la tarde, yo había oído al religioso que se iba con las damas. Decidí buscar a Berthe para preguntarle la razón que le había hecho simular una indisposición a fin de saltarse la confesión.

Pero no era así. Estaba acostada y parecía realmente enferma. Sin embargo, se alegró de mi visita.

Mi atrevimiento natural no tardó en despertar. Pero cuando quise tocarla por debajo de las mantas, se volvió diciendo:

—No, Roger, desde anteayer tengo mis asuntos… ya sabes… y me da demasiada vergüenza.

—¡Ah! —dije— tus menstruos, así que ya no eres una chiquilla, sino una mujer. Yo también me he hecho hombre, Berthe, —añadí orgullosamente y, desabrochándome, le enseñé mis pelos y mi pijita descapullada—. Y además lo he hecho, ¡sabes! Pero no tengo derecho a decir con quién.

—¿Lo has hecho? —preguntó Berthe— ¿y qué? Entonces expliqué el coito a mi hermana atenta.

—Y ¿sabes?, papá y mamá también lo hacen siempre.

—Vamos, es demasiado asqueroso. —Dijo esto con un tono que significaba lo contrario, y yo añadí:

—¿Asqueroso? Pero ¿por qué? ¿Por qué se han creado dos sexos, Berthe? No puedes creer el gusto que da, mucho más que cuando se hace solo.

—Sí, siempre me ha parecido mejor cuando Kate me tocaba que cuando lo hacía yo sola. Y anteayer, ¡ah! Creía estar en el cielo. Entonces Kate me dijo: «Ahora te ha venido también a ti, Berthe, fíjate bien, pronto vas a tener tus asuntos». Ese mismo día tuve mal de vientre y de repente algo húmedo me corrió por los muslos. ¡Me asusté mucho cuando vi que era sangre! Kate se echó a reír y fue a buscar a mamá, que me miró y dijo: «Métete en cama Berthe, tendrás eso todos los meses, durante tres o cuatro días. Habrá que cambiar de camisón cuando pare de sangrar y no lavarse antes, de otro modo no parará. Ya no llevarás ropa de chiquilla». Voy a tener ropas largas como mamá y mi tía —concluyó Berthe no sin orgullo.

—Vamos, Berthe, hagámoslo —y la besé y la apreté contra mí.

—No me hagas daño en el pecho —dijo Berthe— ahora soy muy sensible.

Pero no se opuso a que yo abriese su camisón para ver sus pechitos en el primer período de su desarrollo.

Eran un par de pequeños montículos que me parecieron los de una joven Psyché o Hébé. Sin embargo tenían ya la forma clásica, no mostraban ninguna señal de abatimiento y tenían dos bomboncitos rosados.

Le dije cosas tiernas y ella se dejaba besar e incluso chupar de buena gana, pero esto la excitaba.

Después de algunos rechazos me permitió ver su coño, pero antes enrolló su camisón ensangrentado.

Tenía ya muchos más pelos que yo. Un poco de sangre acuosa corría por sus muslos; desde luego no resultaba muy apetitoso, pero yo estaba demasiado excitado para ocuparme de eso.

Tenía los muslos apretados, pero mi dedo encontró pronto su clítoris. Sus muslos se abrieron bajo la presión de mi mano. Finalmente pude meter el índice en su coño húmedo, pero no muy adentro, ya que ella se contraía. Me apoyé contra su himen, en medio del cual había ya un agujerito. Berthe lanzó un gritito de dolor y se contrajo aún más.

Muy excitado, me desnudé, me quité la camisa y me puse encima de mi hermana para penetrar en su coño con mi miembro cada vez más duro. Berthe protestó en voz baja, se echó a llorar, lanzó un pequeño grito cuando yo hube entrado bien en su vagina. Pero el breve dolor pareció convertirse pronto en voluptuosidad. Sus mejillas estaban acaloradas, sus bonitos ojos brillaban, su boca estaba medio abierta. Me enlazó y respondió con fuerza a mis sacudidas.

Antes de que yo hubiese terminado, el néctar se puso a manar de su coño. Sus ojos se cerraron a medias y parpadearon nerviosamente; Berthe gritaba fuertemente, pero de voluptuosidad:

—Roger, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah! Ro-o-ger, yo… yo… ¡Aaah!

Estaba completamente fuera de sí. Había desvirgado a mi hermana.

A causa de lo sucedido por la mañana y también a causa de mi excitación, yo todavía no me había corrido. A la vista de la voluptuosidad de mi hermana me excité aún más y me di prisa, pero bruscamente sentí algo caliente en el coño de Berthe, me retiré y salió un líquido sanguinolento, mezcla de mi esperma y de la sangre producida por la rotura del himen y por la menstruación.

Estábamos los dos muy asustados, mi miembro estaba completamente cubierto de sangre, que caía también sobre mis pelos y mis cojones.

Pero nuestro terror no conoció límites cuando oímos una voz que decía:

—¡Ah!, ¡no está mal! Los jóvenes en una bonita conversación.

Kate estaba cerca de nosotros.

Había olvidado algo y la habían enviado a buscarlo. A causa de nuestra ocupación absorbente no la habíamos oído subir la escalera, pero ella, al parecer, nos había estado mirando un rato desde fuera y había entrado abriendo suavemente la puerta durante el éxtasis voluptuoso de Berthe.

Su rostro atrevido reflejaba la excitación producida por lo que había visto y oído.

Berthe y yo estábamos tan pasmados que, durante un momento no pensamos en remediar nuestro desorden. Kate tuvo tiempo de mirar la fuerte sangría de Berthe y el abatimiento de mi pija que el terror había hecho que se quedara completamente fláccida.

—Cuando se hace una cosa así —dijo Kate riendo— ¡ante todo hay que cerrar la puerta! —y fue a correr el cerrojo—. Berthe, tu mamá ha olvidado decirte que no se debe hacer mientras se tienen los asuntos. Pero yo sé, —añadió con una carcajada— que es entonces cuando se tienen más ganas. Métete un paño seco entre las piernas y quédate acostada tranquilamente. Pero esa camisa no ha de ir a la lavandería así, sucia, a menos que también tú tengas tus asuntos, Roger.

Vi entonces que mi camisa estaba manchada de sangre. Kate puso agua en una palangana y se acercó a mí.

—Afortunadamente eso marcha fácilmente —dijo—. Levántate, Roger, voy a lavarte.

Me puso de pie delante de ella para que empapase la camisa, pero no era fácil. Entonces ella me quitó de un golpe la camisa, de modo que me quedé desnudo delante de las dos muchachas.

Lavó la camisa burlándose:

—¡Vamos! —añadió seriamente, y lavó con la esponja.

A este contacto, mi pija empezó a levantarse suavemente. Kate decía:

—¡Ah!, pija mala que ha entrado en el coño de Berthe.

Y le daba golpecitos con la mano. De repente me agarró con el brazo izquierdo, me puso sobre sus rodillas y me azotó con todas sus fuerzas. Yo me puse a gritar. Berthe se retorcía de risa.

Las nalgas me ardían, pero sentía una excitación más fuerte que las que había sentido hasta aquel momento.

Ya en otro tiempo, cuando tenía diez años, mi madre, a causa de una tontería que yo había hecho, me había cogido entre sus muslos, me había quitado los calzoncillos y había golpeado duro mis pequeñas nalgas, de tal manera que, después del primer dolor, había conservado todo el día un sentimiento de voluptuosidad.

Cuando Kate miró mi pija de nuevo muy presentable se echó a reír:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué manivela tan grande tiene Roger! ¡Hay que darle a la manivela, hay que darle a la manivela!

Cogió mi pija con la mano, la apretó y la descapulló. Yo no pude más. Agarré a Kate por los pechos, ella hizo ver que se defendía. Entonces metí la mano bajo sus faldas. No llevaba bragas. Agarré su albaricoque. Ella quería retirarse, pero yo la tenía cogida por los pelos. Con el brazo izquierdo enlacé su culo. Me arrodillé y hundí en su coño caliente el pulgar de la mano derecha, haciéndolo entrar y salir.

Esto le daba gusto, no se podía negar, se defendía blandamente y se acercó a la cama de Berthe que, para no tener vergüenza delante de Kate, me ayudó agarrándola por el cuello para echarla sobre la cama.

Kate perdió la cabeza, cayó sobre la cama. Yo le levanté la ropa y dejé su coño al desnudo. Sus pelos eran rojos, pero no tan espesos como yo había creído después de la información de Berthe, sin embargo bastante largos y húmedos de sudor.

Su piel era blanca como leche y suave como satén. Sus blancos muslos estaban agradablemente redondeados y llevaban hermosamente unas medias negras que encerraban un par de pantorrillas firmes y redondas.

Me lancé sobre ella, metí la pija entre sus muslos, penetré suavemente en su coño, pero salí enseguida. Mis pies no encontraban punto de apoyo. La posición era demasiado incómoda.

Pero Kate, que ahora estaba caliente, se puso en pie de un salto, me empujó a la silla, cerca de la cama, y se lanzó encima de mí. Antes de que yo tuviese tiempo de reconocerme, mi miembro estaba encerrado en su coño.

Yo sentía sus largos pelos contra mi vientre. Ella se meneaba y me tenía cogido por los hombros. A cada movimiento sus grandes labios cortaban mis cojones.

Ella misma se quitó la ligera casaca de percal y me dijo que jugase con sus pezones, porque eso le daba gusto, decía.

Sus pechos estaban naturalmente más desarrollados que los de Berthe y eran más duros que los de la administradora, aunque no fuesen ni mucho menos tan grandes. Eran tan blancos como sus muslos y su vientre y tenían dos grandes puntas rojas, rodeadas por una corona más amarilla en la que había pelitos.

La crisis de Kate, muy excitada, se aproximaba. Con la violencia de sus movimientos, mi pija había salido dos veces de su coño y, al volver a meterla, me hacía mucho daño, aunque a ella esto parecía producirle un gran placer.

Yo iba retrasado con respecto a ella, mientras ella gritaba con una voz extasiada:

—Ahora… ahora… ahora… ya viene… ¡Ah! ¡Oh! ¡Oh!

Dios mío… tu pija me da gu-u-usto.

Al mismo tiempo se corrió, me di cuenta por el aumento de la humedad de su coño. En el último momento de su éxtasis, la sensible criada me mordió en el hombro.

Al sentir su hirviente eyaculación, observé que la catástrofe se acercaba también en mí.

Kate había recuperado rápidamente su espíritu.

—Roger, tu rabo quema cada vez más, ahora vas a correrte —Y se enderezó bruscamente, cogió con la mano derecha mi pija húmeda de su esperma y se puso a frotarla violentamente, diciendo—: Si no podría quedar embarazada.

Yo también me había levantado; Kate me apretaba contra ella con el brazo izquierdo; yo chupaba sus pechos. Tuve que abrir las piernas. Mi vientre se sacudía convulsivamente, completamente desnudo delante de las dos curiosas muchachas. De repente salió mi chorro.

Berthe había estado mirando atentamente la eyaculación y contemplaba con curiosidad el líquido blanco que había caído sobre la cama.

La refinada, mientras yo me corría me hacía cosquillas en el culo dándome ánimos:

—Eso es, Roger, te corres suavemente, ya está… ya está.

Mi gozo había sido indecible.

A continuación volví a caer sobre la silla. Kate hacía como si no hubiese pasado nada. Lo puso todo en orden, me secó el rabo con su pañuelo, se abrochó la casaca, cogió su cesta y nos dijo con su alegría habitual:

—¡Bendito sea Dios, qué cosas pasan! Ahora sed prudentes. ¡Tú, Berthe, quédate tranquila acostada y tú, Roger, baja!

Se fue y yo volví a mi habitación después de haberme vestido y haber besado a Berthe.

CAPÍTULO VIII

Los acontecimientos del día me habían dejado completamente agotado. No tenía otro deseo que el de reposar.

Por la mañana, cuando desperté, estaba tendido de espaldas, en una posición que regularmente me hacía tener la polla erecta. Pronto oí pasos que se acercaban. Quise hacer una farsa a la administradora. Me levanté la camisa. Lancé las mantas haciendo ver que dormía.

Pero en lugar de la administradora, fue su cuñada. Era una mujer de treinta y cinco años, es decir, la edad en que las mujeres están más calientes.

En su juventud había sido camarera. Después de haberse casado con un viejo camarero, que tenía sus buenos ahorros, vivía con su marido y sus tres hijos (un niño y dos niñas de diez, once y trece años) con su hermano el administrador.

Madame Muller no era ni hermosa ni fea, grande, esbelta, tenía el cutis oscuro, cabellos negros como sus ojos. Parecía inteligente y digna de un polvo.

Evidentemente se podía estar seguro de que había visto más de una polla. Por consiguiente podía también ver la mía, por eso no me moví.

Madame Muller colocó el café sobre la mesita de noche, y entonces, percibiéndome arma en ristre se quedó pasmada un instante. Pero era una mujer resulta, sin gazmoñería vana. Me miró unos instantes con atención e incluso con cierto placer. Entonces tosió para despertarme y, como yo me estirase de tal manera que mi pija se hacía aún más insolente, se acercó a la cama, me miró un momento y puso las mantas encima de mí diciendo:

—Su café, monsieur Roger.

Yo abrí los ojos, le di los buenos días diciéndole un cumplido sobre su buen aspecto, etc., y entonces, de repente, salté de la cama, la agarré y le aseguré que era la mujer más hermosa de todo El Castillo.

Ella se defendía blandamente y, metiendo la mano bajo sus faldas, agarré una mata muy peluda. Entonces hundí el dedo en su coño. Éste estaba seco como en todas las mujeres calientes, pero mi dedo pronto lo volvió húmedo. Su clítoris estaba muy duro.

—Pero ¿qué le pasa? ¡Pero, pare! ¡Si mi marido supiera esto!

—Monsieur Muller está en la capilla.

—¡Ah! Sí, reza todo el día, pero retírese, me hace daño… podría venir mi cuñada…, me espera ¡Basta! Volveré esta noche…, ahora no se está tranquilo…, mi marido se va hoy a pasar dos o tres días en la ciudad.

Con esta promesa se fue. Por la noche, después de haber cenado bien, llevé a mi habitación vino, jamón y postre. El Castillo pronto se durmió. Finalmente, mi puerta se abrió. Entró madame Muller y mi corazón se puso a latir con fuerza. La besé metiéndole la lengua en la boca, ella me devolvió el beso. Me desnudé rápidamente y le enseñé mi pija en buen estado.

—No se excite tanto —dijo ella— si no sería como echar el polvo a los gorriones.

Cerró la puerta con el cerrojo. La agarré por la mata y la encontré ligeramente hinchada, el clítoris estaba duro. La dejé en camisón y se lo levanté muy alto. Por su aspecto se hubiera dicho que era una mujer delgada. No lo era en absoluto. Estaba muy bien desnuda, los pelos eran negros y le subían hasta el ombligo.

Debía de haberse lavado, ya que su coño no despedía olor alguno. Entonces la dejé desnuda y me extrañé de la firmeza de sus pechos, que no eran muy grandes, y cuyas tetinas estaban rodeadas de ligeros pelos castaños.

Al levantarle los pechos vi que debajo tenía también pelos cortos, finos y negros. Sus sobacos estaban asimismo cubiertos de una mata de pelos tan espesos como los de los hombres.

Al mirarla quedé maravillado de su culo, cuyas nalgas, muy levantadas, se apretaban una contra la otra. En el espinazo tenía también pelos ligeros y negros que subían hasta lo alto de la espalda. Este rico pelambre me hizo crecer aún más la erección.

Naturalmente arrojé mi camisa y me lancé sobre la hermosa mujer, que hacía movimientos, de manera que mi pija golpeaba su vientre.

Estábamos colocados de tal forma que nos veíamos enteramente en el espejo:

—Ya sé que quiere verme toda entera.

Levantó las piernas y enseñó su coño peludo hasta el culo. Yo metí enseguida la lengua y me entretuve. Los labios se hincharon. Cuando quise meter la pija, me dijo riendo:

—Así no, échese sobre la cama.

Le rogué que me tratase de tú y me lo permitiese hacer también a mí. Me eché sobre la cama. Ella se puso encima de mí y yo tenía su hermoso cuerpo delante de los ojos. Me dijo que jugase con sus pechos. Entonces me agarró la polla, se la paseó un poco contra el coño, en el que me suplicó que no me corriese, y bruscamente se metió la pija hasta los cojones. Cabalgaba con tanto ardor que me resultaba casi doloroso. Durante este rato, ella se corrió, sentí el calor de su coño, le oí gemir y puso los ojos en blanco.

Ya me venía también a mí, ella lo observó y se enderezó vivamente.

—Contente, amigo mío —dijo con una voz aún temblorosa de voluptuosidad—. Sé otra cosa que te dará gusto sin que me dejes embarazada.

Se volvió. Ahora yo tenía su culo delante de los ojos. Se inclinó y se metió mi pija en la boca. Yo hice como ella, que sabía a huevo crudo. El juego de su lengua contra mi glande era cada vez más fuerte, una de sus manos me hacía cosquillas en los cojones y el culo, mientras la otra me apretaba la pija.

El placer se hizo tan grande que me puse todo tieso. Ella hundió mi pija en su boca tanto como era posible. Sus partes más secretas estaban ante mis ojos. Agarré sus muslos y mi lengua se lanzó dentro del agujero de su culo. Perdí el sentido y me corrí en su boca.

Cuando me recuperé de mi éxtasis momentáneo, ella se había acostado a mi lado y había colocado la manta encima de nosotros. Me acariciaba dándome las gracias por el placer que le había proporcionado y me preguntaba si yo también lo había tenido.

Tuve que confesar que esta posición me había hecho gozar aún más que el coito normal. Entonces le pregunté por qué no me había dejado correrme en su coño estando casada.

—Precisamente a causa de eso —dijo ella—. Mi marido es impotente y se daría cuenta enseguida de que le engaño.

¡Ah! ¡Dios! Lo que tengo que aguantarle.

Le rogué que me lo contara todo. Me contó que su marido no podía tener una erección si ella no le azotaba el culo a golpes de varilla hasta hacerle sangre.

Ella también tenía que dejarse azotar por él, pero sólo con la mano, y ahora estaba tan acostumbrada que le daba placer más que hacerle daño. ¡También tenía que mear delante de su marido, incluso cagar, ya que él quería verlo todo! Era sobre todo cuando tenía la regla cuando él estaba más excitado.

Cuando le había arreado cincuenta o hasta cien golpes tenía que apresurarse a meterse en el coño su miembro medio blando, si no él perdía la erección enseguida, excepto cuando ella le lamía el culo o se dejaba lamer por él entre los dedos de los pies. Entonces él conseguía una buena erección, pero todas estas cosas eran muy desagradables.

—Y así —añadió, a modo de conclusión— el viejo granuja anda siempre metido en las iglesias.

Esta narración sorprendente había despertado los espíritus animales de mi polla. Madame Muller apresuró esta resurrección haciéndome cosquillas en los cojones. Hizo que me metiera entre sus piernas y entonces se volvió de costado. Sus piernas estaban cruzadas sobre mi culo y estábamos de costado cara a cara. Esta posición era muy agradable, pues permitía enlazarse. Yo podía también chuparle los pechos.

Yo tenía en la mano su coño hinchado y estrecho a causa de la voluptuosidad. Nos metimos mutuamente el dedo en el agujero del culo. Dejé que mi polla se deslizara y entrase en su coño y empecé a dar sacudidas como antes. Chupaba sus pechos. Mi dedo se meneaba en su culo, que yo sentía palpitar. Ella se puso a gritar y se corrió una vez más. Me había agarrado los cojones por detrás, con tanta fuerza que me hizo daño y le rogué que me soltara.

Después de haberme acariciado suavemente se puso de cara contra la cama para que su culo quedase bien al aire. La hice ponerse de rodillas, el culo al aire, entonces escupí en el agujero de su culo y hundí mi polla sin esfuerzo. A cada sacudida sentía cómo mis cojones golpeaban su coño.

Esto le daba gusto, decía. Yo podía tocar su coño peludo con una mano y, con la otra, agarrarle los pechos. En el momento en que iba a correrme me retiré, pero el músculo de su culo se apretó alrededor de mi glande y me corrí de pleno en el culo.

Todavía no había sido desvirgada por este lado y me dijo que le había dado mucho más gusto que al principio, pues aquello le había hecho bastante daño.

Al sentir mi polla volverse dura dentro de su culo, la voluptuosidad se había despertado en ella y se había corrido al mismo tiempo que yo.

—Pero, por hoy, ya basta —decidió sonriendo. Yo estaba satisfecho. Le ofrecí postre, pero ella me invitó a tomar un vasito de licor en su apartamento. Luego volví y me acosté.

CAPÍTULO IX

Un día, mi madre decidió que todas las sirvientas dormirían en el último piso del Castillo, debajo del tejado. Comenzaron a instalarse, allá arriba, para aquella misma noche.

Yo las miraba hacer.

En el momento en que una de ellas, con su colchón en brazos, subía suavemente los últimos peldaños, fui tras ella y le levanté los refajos.

Primero agarré un par de nalgas muy duras, las apreté contra mí y hundí el pulgar en su coño, que estaba húmedo. Ella no dio grito alguno y se volvió sonriendo como halagada por mi galantería, ahora que me había reconocido. Era la morena Úrsula. La llevé al último piso donde la besé.

El primer beso pareció tomarse muy bien la cosa y me dio el segundo. Entonces la agarré por los pechos y pronto tuve en la mano las duras tetas con la punta oscura. Un gesto rápido con la mano izquierda, bajo el ligero y corto vestido, y tuve su mata, muy peluda, en plena mano.

Ella apretó los muslos y se echó un poco hacia delante. Me metí un pezón en la boca y lo chupé, mientras mi dedo jugaba con su clítoris, que descubrí en un estado tan excitable como era posible. Pronto mi mano se deslizó entre los muslos y uno, dos, tres dedos penetraron en el coño.

Ella quería irse, pero yo la empujé contra el muro. Sentía toda su cuerpo estremecerse bajo su ligera ropa. Rápidamente me saqué la pija y se la metí en el coño. La posición era incómoda y, como la muchacha era grande y fuerte, yo no habría podido tirármela si ella no hubiese puesto algo de su parte.

Así que me la tiré de pie. Debía de ser muy caliente, pues le vino muy rápidamente. También yo estaba a punto de correrme a causa de la posición que era muy fatigosa, pero oímos ruido en las habitaciones y Úrsula se separó. Pero el ruido cesó pronto. Entonces le enseñé mi pija, de un rojo oscuro y completamente húmeda a causa de la descarga. La miró con atención, pues era la primera vez que veía la pija de un señor de la ciudad, decía.

—Vamos, déjame ver —le dije yo.

Ella lo hizo púdicamente. Levanté su falda y pude ver sus piernas desnudas, muy bien formadas, y, entre los muslos duros, una seria pelambrera negra. Gracias a Dios no llevaba bragas como las damas de la ciudad, que se hacen las remilgadas cuando se les manosea el coño, lo cual, por otra parte, les gusta tanto, si no más, que a las campesinas.

Reculé aguantando su falda y su camisa, luego me acerqué y paseé las manos por su vientre y sus muslos.

A continuación metí la nariz en su coño, que olía a huevo —a causa de la reciente descarga— y a meados. Como yo llevase la lengua a su clítoris, se echó a reír y dejó caer la falda. Pero yo la aguanté con fuerza y seguí lamiéndole todo el cuerpo bajo las

faldas y esto me hizo tener la polla más erecta todavía. Pero, como el ruido recomenzó, Úrsula se separó definitivamente.

Tuve que irme, pero como ella se volvió le levanté una vez más las faldas por detrás y dejé al desnudo su realmente soberbio culo, de una firmeza admirable.

—Un poco más, Úrsula —dije manteniéndola quieta por la camisa.

Besé sus nalgas, las palpé, las abrí y olí el agujero de su culo, que no despedía ningún olor a mierda, sino solamente a sudor. Pero ella se separó definitivamente observando que no comprendía cómo un señor como yo podía sentir placer en oler los puntos malolientes de un cuerpo de campesina.

Por la noche, durante la cena, le pregunté en voz baja a Berthe si podría tirármela. Me dijo que no. Subí para ver si podía encontrar una ocasión de hacer aquello de lo que tenía grandes ganas. Pero no encontré nada.

Mi cama estaba ya descubierta, me desnudé y me acosté completamente desnudo cara abajo, extendí un pañuelo debajo, abracé mi almohada y tuve así una polución pensando en mi tía, en mi hermana, en todos los culos y coños que conocía. A continuación reposé un poco, y luego recomencé la paja. En el momento en que sentía venir el esperma oí una voz detrás de la puerta que decía:

—Monsieur Roger, ¿duerme ya? Le traigo agua.

Me levanté, me puse la bata y abrí. Era una moza de cocina llamada Hélène. Cuando hubo entrado cerré la puerta con el cerrojo. Mi deseo era tan grande que mi miembro se agitaba como un péndulo.

Agarré enseguida a la hermosa campesina, muy bien vestida, por el culo, que tenía muy duro, y por sus grandes pechos, dándole un par de besos sabrosos.

Se lo tomó todo de buena manera pero, cuando se trató del coño, me dijo enrojeciendo:

—Tengo mis asuntos.

Era una desgracia. Yo estaba excitado como una carmelita y ella me miraba la pija con complacencia. La palpaba, además, muy suavemente. Al menos podía divertirme con sus pechos. Abrí su blusa y los dos pechos me vinieron a las manos. Eran como la muchacha, completamente cubiertos de pecas, pero no podía reprochárseles otra cosa.

No la dejé en paz hasta que no me hubo dejado ver, aunque de mala gana, su culo y su coño, cuyos pelos rojos y rizados estaban ahora pegados por la sangre. La empujé hacia una silla y dejé que colocara mi pija entre sus pechos. Fue muy práctico, desaparecía entre sus senos, cuya carne grasa era muy agradable. Habría sido mejor si la vía hubiese estado más húmeda. Se lo dije. Escupió sobre mi pija y entre sus pechos, a continuación puso mi pija allí y apretó fuertemente sus senos. Se percibía el glande en lo alto y los cojones le colgaban bajo el pecho.

Entonces empecé a menearme diciéndole palabras tiernas y dándole palmaditas en la cara o jugando con los bucles de su nuca. A continuación hubo una potente descarga, que ella miró atentamente, ya que el hecho era tan nuevo para ella como

para mí.

Después de haberme satisfecho, le regalé un pañuelo de seda que tomó con gran alegría excusándose por su estado. Añadió que las muchachas que trabajaban con ella en la cocina se acostaban tarde, pero que, por la mañana, ella dormía mucho más que las otras que, muy temprano, iban a la vaquería. Si subía arriba, encontraría con que satisfacerme.

Su información me complació infinitamente. Al día siguiente pretexté la instalación de un palomar bajo el tejado para tener la ocasión de subir a los desvanes de las criadas. Pero no pude conseguir lo que me proponía, ya que me importunaban continuamente.

Pude atrapar una vez a Berthe y una vez a Kate en el lavabo, y mirarles el coño. Pero como, debido al mal tiempo, mi madre y mi tía charlaban asiduamente, ni Berthe ni Kate se atrevieron a ir más allá de palparme la pija al pasar.

Para pasar más agradablemente el tiempo había hecho un agujero en el suelo. Y podía pasarme la tarde mirando cómo las muchachas y damas cagaban, meaban y se tiraban pedos. Podía ver sus culos, agujeros de culo y coños en todo su esplendor y vi que no había entre sus aspectos más que la diferencia de color de los pelos y de corpulencia. Me convencí de la veracidad de las palabras atribuidas a un mozo de granja. Una condesa había dejado que se la tirase y, como se le hablase de ello, contestó: «El camión era más fino pero, aparte de eso, todo era como en las otras mujeres».

Pude ver todos los culos y coños del Castillo y el espectáculo que me ofrecían incluso las mujeres a las que ya me había tirado seguía produciéndome placer.

Durante este tiempo había regalado a Úrsula un bonito pañuelo, ya que no era culpa suya que todavía no hubiese podido tirármela completamente. Las otras muchachas lo habían observado y todas estaban muy amables conmigo, pues no eran bobas y comprendían que era muy agradable que se te tirasen y recibir encima un regalo por debajo de la mesa.

Así es como me lo dijo una de ellas, una mañana en que todo estaba en un profundo reposo, perturbado tan sólo por el ruido lejano de las idas y venidas en el establo.

Yo había subido y había encontrado una puerta sin cerrar que daba a dos dormitorios.

En la habitación reinaba una atmósfera llena de olores mezclados, exhalados por los cuerpos de las sirvientas, cuyas ropas colgaban en el muro o al pie de la cama. Estos olores eran al principio muy desagradables, pero cuando uno se había acostumbrado los encontraba más bien excitantes que sofocantes, era el verdadero «odor di femina»: El perfume que hace que la polla se levante.

Las camas, construidas a la moda antigua, estaban en dos lugares. Estaban todas vacías excepto una, en el que una muchacha roncaba fuertemente.

Yacía de costado, vuelta hacia el muro. Un pie estaba sobre la madera de la cama

y su culo estaba tan expuesto a mis miradas cuanto que ella estaba completamente desnuda.

Su basto camisón estaba colocado cerca de ella sobre una silla de madera, con sus otras ropas. La durmiente se llamaba Babette y no podía suponer que la estaban viendo así de los pies a la cabeza. Su piel habría podido ser más fina, su armazón era basto, pero no delgado.

Yo acerqué la cara a su culo y sentí su sudor penetrante. El agujero de su culo conservaba todavía algunos vestigios de su última deposición. Debajo se veía muy bien su raja cerrada, coronada por pelos castaños.

Le hice cosquillas suavemente en las nalgas y en el coño. En cuanto hube metido el dedo hizo un movimiento y se volvió. Pude contemplarla por delante. Su pelambrera era rizada y olía fuertemente a meados, lo que noté al meter la nariz.

Hay que decir que estas sirvientas no se lavaban el coño más que el domingo. Hay por otra parte muchas damas bien que no tienen tiempo de hacerlo más a menudo. Pero este olor me excitó y ya la tenía erecta.

Cerré la puerta con el cerrojo y me desnudé completamente. Entonces le separé los muslos. Ella entreabrió los ojos.

—Babette, —le dije, metiendo tres dedos en su coño—, eres mi cariño, mira cómo me encuentro de excitado.

Ella se movió, me enseñó con la mano la otra habitación, diciendo:

—Úrsula está también ahí.

—Es igual, antes de que despierte tenemos tiempo de echar un polvo. Mira, esto es para ti.

Y le di un pequeño anillo de bisutería, que había comprado a un vendedor ambulante. Luego me arrodillé sin decir nada más entre sus piernas, que ella abrió de buena gana. Dejé que jugase con mi pija y mis cojones mientras le hacía cosquillas en el coño. Cuando estuvo a punto la ensarté hasta los cojones, le levanté las nalgas, le hice cosquillas en el agujero del culo. Ella me cogió por el cuello y nos lanzamos a un delirio de voluptuosidad que, después de un breve encuentro, terminó en una violenta descarga por las dos partes.

Durante la acción ella había transpirado fuertemente y su olor sano de joven campesina me hacía desear echar un segundo polvo. Pensaba en ensartar a la galga. Pero ella tuvo miedo de quedar embarazada. Además, tenía que levantarse ya que era el día en que Úrsula podía dormir más rato. Yo la había olvidad por completo y Babette rió mucho cuando dije que quería despertarla.

Mientras Babette se secaba el coño con su camisón, yo pasé a la otra habitación, donde Úrsula dormía aún profundamente.

Ésta estaba desnuda, pero tapada hasta el pecho. Estaba de espaldas, con los brazos bajo la cabeza, de manera que se podían ver las espesas matas negras de sus sobacos. Sus bonitos pechos destacaban tanto más a causa de la posición de sus brazos, a los lados de los cuales colgaban, de manera encantadora, los rizos de sus

cabellos largos y espesos. Todo era delicioso en este cuadro. Lástima que no fuese más que una campesina y no comprendo cómo un hombre puede preferir a la belleza natural de una campesina los atractivos preparados de una dama.

Su camisón, muy limpio, estaba cerca de ella. La olí y quedé pasmado ante el olor a salud de que estaba impregnada.

Suavemente, tiré de la manta y la admiré completamente desnuda. Quedé un momento pasmado ante el aspecto maravilloso de sus miembros bien proporcionados, de su mata muy peluda, cuyos pelos negros iban de los labios a los muslos. Despertó mientras yo la besaba en el pecho. Se asustó y, primero, se tapó la mata con la mano. Entonces reconociéndome, me sonrió amablemente.

En ese momento, Babette apareció en la puerta, diciendo:

—Úrsula, quédate acostada, yo haré tu trabajo —Y se fue. Besé a Úrsula hasta que estuvo bien caliente. Le pedí que se levantase y admiré su hermoso cuerpo de los pies a la cabeza y de todos los lados, haciéndola andar por la estancia. Entonces la cogí en mis brazos muy fuertemente y nos mantuvimos un buen rato así abrazados.

Planté las dos manos sobre sus nalgas y empujé su vientre contra el mío. Ella podía sentir la firmeza de mi pija y sus pelos me hacían cosquillas en los cojones.

El juego le gustó. Me rodeó el cuello; su pecho apretaba el mío. Le tiré de los pelos de los sobacos. Se excitó enormemente. Le metí la mano en el coño, que estaba hinchado y húmedo. Su clítoris estaba completamente duro.

Nos echamos sobre la cama. Yo la hice ponerse de rodillas y tener el culo al aire. Repasé febrilmente el agujero de su culo. Su coño, coronado de pelos negros, se entreabría. Miré con placer su raja muy roja, luego froté mi glande contra los labios.

Esto le dio gusto. Secundaba mis movimientos, suavemente yo la dejaba entrar toda, entonces me retiraba volviendo a empezar, hasta el momento en que sentí que pronto me vendría.

Ella gozaba como una condenada, su coño, completamente hinchado, apretaba fuertemente mi miembro. Yo lo hice penetrar completamente, me apreté contra su culo, agarré sus pechos y me meneaba como un loco. Estaba completamente fuera de mí. Ella gemía a cada sacudida. Con una mano yo apretaba sus pechos, la otra le hacía cosquillas en el clítoris. Nos corrimos al mismo tiempo. Yo oía mi pija chasquear dentro de su coño mojado. Permanecimos como muertos.

Cuando me retiré tenía la polla erecta todavía. Ella tenía vergüenza, porque nunca se lo habían hecho en esta posición.

Lo que le había dado más gusto eran los golpetazos de mis cojones en la parte baja de su coño. Yo todavía no estaba apaciguado y me habría quedado aún con esta fresca y bonita muchacha. Si hubiese podido me habría casado con ella.

Me dijo que tenía que bajar. Se puso el camisón y la ayudé a vestirse. Sonreía amistosamente. Yo la miré una vez más de todos los lados antes de irme. Le prometí comprarle un hermoso recuerdo y ella se comprometió a venir a pasar una noche conmigo.

CAPÍTULO X

El Castillo estaba aún dormido cuando bajé y me acosté. Mi madre me despertó trayéndome el almuerzo. Por ella me enteré de que, al día siguiente, tenía que ir a la estación a recoger a mi padre, que vendría con mi hermana mayor, Élise.

Mi madre estaba de muy buen humor, pero no era éste el caso de Berthe, a quien molestaba la llegada de su bellísima hermana. Me dijo que mi hermana tenía amores con el hijo de un amigo de negocios de nuestro padre y que este joven probablemente se casaría con ella después de hacer el servicio militar.

Me dijo que, además, muchas cosas que antes no comprendía se le habían vuelto ahora muy claras.

Desde luego Kate y Élise habían debido de juguetear mucho tiempo juntas, e incluso habían permanecido solas una vez durante una hora en el cuarto de baño.

Al día siguiente me complació ver que mi madre tomaba un baño en espera de su marido.

En la estación, cuando llegó el tren, quedé pasmado al ver a mi hermana Élise convertida en una encantadora mujercita. Tenía un par de bonitos piececillos calzados con elegantes zapatos y se movía con tanta gracia que tuve celos de su Frédéric. Había decidido que toda persona femenina de mi entorno debía formar parte de mi harén y mi opinión se vio reforzada.

Mis celos aumentaron cuando vi que con mi padre había venido un amigo, M. Franck, un viejo solterón que le había echado el ojo encima a mi tía. Las presentaciones fueron cordiales. Mi hermana estaba extrañada de mi desarrollo, como yo lo estaba del suyo, y nos besamos más que fraternalmente.

No habíamos contado con M. Franck y, como el coche era de dos plazas, dije que papá y M. Franck lo utilizaran mientras yo y Élise íbamos a pie. Mi hermana aceptó. La ruta era muy bonita.

La conversación se hizo pronto muy interesante. Mi hermana estaba muy halagada por los cumplidos que yo le hacía sobre su belleza. Cuando inquirió acerca de Berthe le dije que había tenido la regla y era núbil. Élise me miró asombrada.

—Ahora se queda encerrada con Kate en el cuarto de baño tanto rato como tú —añadí. Luego continué, mirándola bien—: …Y además duermen en la misma habitación, ya me entiendes.

Mi hermana enrojeció fuertemente y guardó silencio.

—No tienes que molestarte, Élise —dije amistosamente—, ya no soy un chiquillo. Además pudiste observar, cuando nos bañaban juntos cuando éramos más pequeños, que mi pija no es peor que la de tu Frédéric.

—¡Roger!

—Ahora tenemos pelos entre las piernas y sabemos que hay algo mejor que jugar al dedo mojado o a cinco contra uno.

Élise estaba completamente encarnada, su pecho se levantaba, pero no sabía qué

responder. Bruscamente, miró si nadie nos veía y preguntó:

—¿Es verdad, Roger, que los jóvenes, antes de ser soldados, tiene que desnudarse y dejarse mirar? He oído a mamá y a mi tía decir algo así, y también lo decían en la pensión.

—Frédéric, mi futuro cuñado, te lo habría podido decir. Naturalmente que sí. Los miran como a una novia durante la noche de bodas. Pero no se excitan, porque tienen miedo. Tampoco se le pondrá erecta a Frédéric.

—¡Vamos…! Pero deben de tener vergüenza… ¿Es público? ¿Pueden verlo las mujeres?

—Por desgracia no —dije yo seriamente—. Delante de ti, Élise, no me molestaría.

La besé cordialmente. Estábamos en un pequeño bosque, cerca del Castillo. Añadí:

—¿Acaso crees que hay en el mundo una novia que, la noche de bodas, no deba quedarse desnuda delante de su marido para ser debidamente repasada? También él se queda desnudo.

—Pero un hombre no es lo mismo.

—¿Por qué? Si yo me desnudara delante de ti lo verías todo: mis pelos, mi pija erecta, mis cojones, pero de ti yo no podría ver más que los pelos, tu coño permanecería oculto.

¿Tienes muchos pelos, Élise?

—¡Oh! Mira que fresas tan bonitas, Roger —dijo Élise.

Le ayudé a buscarlas. Penetramos profundamente en el bosque. La besé con una erección de ciervo.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Una cabaña de caza; yo tengo la llave, nos pertenece. La cabaña estaba rodeada por un espeso monte.

—Espérame, Roger, vengo enseguida. Vigila que no venga nadie.

Se metió detrás de la cabaña. La oí mear. Miré. Estaba agachada, un poco inclinada, las piernas separadas y tenía las faldas levantadas de manera que se veían sus bonitos tobillos.

Bajo las rodillas colgaba el encaje de las bragas. Entre las piernas brotaba el chorro. Cuando terminó, yo iba a retirarme, pero ella se quedó aún allí. Se levantó las faldas por encima de los riñones, apartó sus bragas. Apareció la raja de su culo con las nalgas redondas llenas, sin una mancha. Bajo su esfuerzo, una delgada salchicha salió del agujero del culo, pendió un momento y luego se retorció sobre el suelo. Siguió un poco de jugo, entonces meó un poco más.

Esta vez vi con claridad el chorro que salía de los pelos que eran castaños y bastante espesos. Cuando hubo terminado, busco papel, pero no lo encontró. Entonces aparecí yo y le di.

—Toma, Élise.

Por un momento pareció encolerizada.

—No te pongas así —le dije—. ¡Yo también tengo ganas!

Me saqué la pija y, aunque estaba erecta, me puse a mear. Me acordé del mozo y meé tan alto que mi hermana tuvo que reír. Había utilizado el papel. Oímos voces. Tuvo miedo, yo la metí en la cabaña a empujones y cerré una vez dentro los dos. Miramos por una grieta. Un mozo y una sirvienta se acercaban haciendo diabluras. Él la tumbó al suelo, se echó sobre ella, se sacó la pija, levantó las faldas, y se ensartaron gruñendo como bestias.

Yo había enlazado a Élise y la apretaba contra mí. Su aliento perfumado me calentaba las mejillas. Su pecho se alzaba fuertemente ante el espectáculo que contemplábamos sin hablar. Me saqué la pija y la puse en la mano caliente y suave como satén. La pareja se alejó. Yo no podía resistirlo y agarré a Élise. A pesar de su resistencia, aparté rápidamente las bragas y la camisa. Mi mano jugaba con sus pelos. Sus muslos estaban apretados, pero yo sentía su clítoris duro.

—No, esto es demasiado, Roger, ¡no te da vergüenza! ¡Que grito!

—Si gritas se oirá desde El Castillo… Nadie puede saberlo. Los primeros hombres no hicieron otra cosa.

—Pero nosotros no somos los primeros hombres, Roger.

—Élise, ¡si estuviéramos en una isla…!

Había conseguido meter el dedo.

—¡Si mi Frédéric supiera esto!

—No lo sabrá, ven cariño.

Me senté en una silla y tiré de mi hermana hacia mí.

Cuando sintió la enorme pija contra su coño ya no se resistió. Ya no era virgen y confesó haberlo hecho una vez con su Frédéric. Su coño era estrecho, muy caliente y agradablemente húmedo.

Me devolvió mis besos. Yo abrí su blusa y saqué sus dos pechos que iban y venían mientras yo los chupaba. Llevé mis brazos a sus duras y grandes bolas inferiores, sus dos magníficas nalgas. Ella empezó a gozar terriblemente. Nos corrimos juntos. A continuación nos prometimos silencio. Nos miramos a placer y luego nos dirigimos al Castillo.

CAPÍTULO XI

En la mesa todo era alegría. Mi padre se ocupaba de mamá. M. Franck se mostraba solícito con mi tía. Yo me entretenía con mis hermanas. Habían dado mi habitación al invitado. Yo tenía que dormir en el mismo piso que las mujeres, en la habitación de Élise, que compartía la de Berthe con Kate.

Cuando todo el mundo se hubo acostado, eché un vistazo a la habitación de mis hermanas. Berthe dormía pero Élise no estaba. Vi una luz, me escondí y vi aparecer a Élise y mi tía en camisón que miraban por una grieta de la puerta de mis padres. Se oían fuertes golpes sobre un culo desnudo. Entonces se alzó la voz de mi padre:

—Ahora déjate caer el camisón, Anna… Qué hermosa estás con tus pelos negros.

Besos y cuchicheos.

—Camina, Anna. ¡Adelante, marchen…! ¡Alto…! Los brazos al aire… Cuántos pelos tienes en los sobacos… Mira cómo tengo la polla, Anna, cógela… Presenten, armas… Armas sobre el hombro… ¡Ven aquí!

—Vamos, Charles, no te excites tanto… me haces daño… me has visto ya bastante. Me da vergüenza que me miren el trasero.

—Tranquilízate, niña mía… Échate sobre la cama…, los pies al aire…, más alto…, eso es… tesoro mío…

Se oían los crujidos de la cama.

—¿Viene ya, Anna?

—¡Pronto, Charles!

—¡Oh! Ya viene. ¡Qué estupendo…! Cha-arles… ¡Ah! ¡Ah!

—Anna… ¡me corro…!

En la escalera se oía la voz de Kate. Élise lo oyó y entró en la habitación. Mi tía se puso a salvo en la suya, pero sin cerrarla. Volvió a salir. Mis padres habían apagado la luz.

Entré en la habitación de mi tía. Al volver a entrar, se asustó. Se lo dije todo. Volvió a encender la luz. La besé sin hablar. Yo sentía las bellas formas de su hermoso cuerpo. Ella temblaba. Le agarré el coño por debajo del camisón. Ella se debatía. Yo la consolaba.

—¡Seamos marido y mujer, cariño, hermosa Marguerite! Mi dedo jugaba sobre el clítoris. Ella se abandonó.

Descubrí sus hermosos pechos iguales a bolas de nieve. La empujé hacia la cama. Se puso a sollozar. Le propuse marcharnos para casarnos. Esto la hizo reír. Desnudé mi pija. Ella estaba también excitada por el champán que había bebido. Apagó la vela. Puse mi pija en su hermosa mano, entonces le hice caricias; el placer era demasiado grande, se agitaba, su clítoris se hinchó. Le metí un dedo en el coño y le chupé los pechos. Entonces le levanté el camisón, la apreté contra mí y, boca a boca, metí a golpes acrecentados mi polla dura en su raja virginal.

Un solo grito ligero precedió al goce que se apoderó enseguida de ella. Ahora era

una mujer inflamada y se abandonó a la voluptuosidad.

Un breve combate, pero cuyas sensaciones fueron infinitas, nos llevó a los dos a los límites del éxtasis más voluptuoso, y fue con sacudidas violentísimas como yo derramé en su seno el bálsamo vital.

El placer había sido demasiado grande, yo seguía en erección. La acaricié y volví a encender la vela. Ella escondió el rostro en las almohadas; su pudor había vuelto, pero yo tiré de la manta para ver su cuerpo de Venus. Se veía un ligero rastro de sangre sobre los pelos del coño, mezclada con nuestro esperma. Yo la limpié con mi pañuelo, le di la vuelta, le hice cosquillas en la espalda, en el culo, y le metí la lengua en el agujero.

Entonces me puse encima de ella, la cabeza envuelta por sus cabellos perfumados. Le coloqué los brazos alrededor del cuerpo, la levanté un poco y volví a hundir mi polla en su raja húmeda. Siguió un largo combate que nos hizo transpirar por todos los poros. Ella fue la primera en correrse, gritando de voluptuosidad como una loca. Siguió mi descarga en una voluptuosidad casi dolorosa. Ya bastaba, nos separamos.

Pasaron algunas semanas de placeres diversos. Monsieur Franck hacía cada vez más la corte a mi tía. Un día, Élise y mi tía entraron en mi habitación llorando. Estaban embarazadas. Pero no se atrevían a decir una delante de la otra que yo era el malhechor. Pronto tomé partido.

—Élise, cásate con Frédéric, y tú tía, cásate con monsieur Franck. Yo seré vuestro paje de honor.

Al día siguiente, por la mañana, mi puerta se abrió. Entró Úrsula. También ella estaba embarazada. Le dije que se casase con el primo del administrador, que la miraba con buenos ojos, y prometí ser el padrino de su hijo. Entonces la desnudé y le lamí el coño y el culo. A continuación me lavé con agua de Colonia e hice que me lamiera el culo. Esto me excitó enormemente. Me la tiré con tales sacudidas que sus cabellos flotaban sobre la cama.

Pronto tuvimos las tres bodas. Todo terminó amorosamente y yo me acostaba alternativamente con las mujeres de mi harén. Cada una sabía lo que hacía con las otras y simpatizaban.

Pronto Úrsula dio a luz un niño, más tarde Élise y mi tía, una niña; el mismo día fui padrino del pequeño Roger de Úrsula, de la pequeña Louise de Élise y de la pequeña Anna de mi tía, todos hijos del mismo padre y que no lo sabrán jamás.

Espero desde luego tener otros y, haciendo esto, cumplo con un deber patriótico, el de aumentar la población de mi país.



Wilhelm Albert Włodzimierz Apolinary de Kostrowicki (Roma, 26 de agosto de 1880 – París, 9 de noviembre de 1918), conocido como Guillaume Apollinaire o, simplemente, Apollinaire, fue un poeta, novelista y ensayista francés. En 1912 publicó Alcoholes. Del mismo año data Los pintores cubistas. En 1914, al estallar la primera guerra mundial, ingresó en las filas del ejército francés como voluntario, siendo herido en 1916. De regreso a París publicó El poeta asesinado, y en 1918, poco antes de morir, sus famosos Caligramas. Las hazañas de un joven Don Juan fue escrita por Apollinaire entre 1910 y 1913, es decir, en la misma época que Las once mil vergas. Se trata de un texto radicalmente pornográfico, con toda probabilidad escrito por encargo y para subsistir. En “El Castillo”, escenario donde se desenvuelven las infinitas posibilidades de satisfacción del ardor de Roger —el bello y precoz protagonista de esta obra—, Apollinaire desarrolla toda su desenfrenada imaginación erótica, al servicio de un único propósito: exponer al lector, como si de un pequeño fresco orgiástico se tratara, sensaciones, deseos, perversiones, etc. El erotismo de Las hazañas de un joven Don Juan, con su atmósfera de carnal efervescencia, forma parte de toda una tradición, la del género pornográfico abordado por autores literariamente consagrados.